

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



**LAS
LUCES DE
LA CIUDAD**



LAS LUCES DE LA CIUDAD

Superproducción sincronizada de
ARTISTAS ASOCIADOS



Dambla Cataluña, 62 Barcelona

Fotografías facilitadas por

D. Eduardo Gurt

Representante en España de

ARTISTAS ASOCIADOS

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 234 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

**LAS LUCES
DE LA
CIUDAD**

Adaptación en forma de novela de lo pento-
mimo romántica del mismo título, escrita, dirigi-
da e interpretada por el gran actor cómico

CHARLES CHAPLIN
(CHARLOT)

NARRACIÓN LITERARIA DE
EZEQUIEL MOLDES

PRINCIPALES INTERPRETES

Un vagabundo	CARLES CHAPLIN
La cigueta	Virginia Cherrill
Un abuelo	Florence Lee
Un millonario	Harry Miers
Su ayuda de cámara	Allan García
Un Boxeador	Paul Mann

PÓRTICO

LA Ciudad. Es decir, el triunfo de la Fuerza; el reino de la Monumentalidad. Por todas partes, rascacielos gigantescos; trenes aéreos y trenes subterráneos; autos que ruedan velozes, haciendo sonar sus cláxons de un modo estrepitoso; multitudes que van y vienen rápidamente, con un ojetreo de hormigas; policías muy altos, muy erguidos, muy seguros de su poder...

La Ciudad la crearon los hombres fuertes; los hombres que persiguen el Poder y la Riqueza; los hombres que se postran de hinojos, como las antiguas muchedumbres gregarias, ante el Becerro de Oro; los hombres que han suprimido de su diccionario las palabras: DOLZURA, SENTIMIENTO, COMPASIÓN, porque ellas son como grandes pedruscos puestos en su camino: unos pedruscos que podrían obligarles a detenerse, tal vez a retroceder. ¡Y eso, nunca! La divisa del hombre moderno es: «Adelante. ¡Siempre adelante!» Caiga quien caiga. ¡Que en esta carrera frenética son arrollados los débiles, los humildes, los menesterosos, los pobres de espíri-

fu? ¡Peor para ellos! ¡Que se aparten! ¡Que se pongan al margen del camino! ¡Que se vayan a los bosques a vivir la vida bucólica, llevando consigo una lira o un saxófono para cantar las delicias de la Naturaleza!

La Ciudad no tiene corazón. O, dicho mejor, tiene un corazón servil, de lacayo. A los triunfadores les ofrece sus mansiones más suntuosas, sus avenidas más amplias y mejor asfaltadas, sus parques, sus «restaurants», sus teatros, sus «clubs». A los fracasados los envía al arrabal, al suburbio, a las escombreras. Allí, si quieren casas, tienen chozas hechas de cañas o de tablas de cajones; si buscan «restaurants», encuentran al alcance de su mano pequeñas colinas de desperdicios; si desean solazarse en los parques, disponen de amplios bancales sembrados de latas de conservas, de papeles y de legumbres podridas.

¡No, la Ciudad no abandona a los débiles! En último caso, hasta tiene para ellos un palacio, si no muy confortable, por lo menos muy grande, con rejas en las ventanas y centinelas a la puerta, y con calabozos donde los que todo lo perdieron pueden disfrutar del goce de la soledad.

La Ciudad es trabajo, es vida, es movimiento. Es un río que fluye constantemente, casi siempre con corriente impetuosa. Hay que seguir el ritmo acelerado del río. ¡Desgraciado del que se detiene, del que intenta volver atrás! La corriente lo arrostra, lo zarandeo como un petele y, por último, lo despeña por las cataratas.

LAS LUCES DE LA CIUDAD

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

SERENIDAD, SOLEMNIDAD

La ciudad se ha vestido de gala. Ha cometido la puerilidad de vestirse de gala. Cuando una ciudad se viste de gala, se asemeja a una aldea. Es como cuando un nuevo rico se viste de frac o su esposa se cuelga de los hombros el vestido de «soirée». Entonces, más que nunca, pregonan la humildad de su origen.

Así las urbes modernas. Se quitan distinción y personalidad al quitarse el traje de diario. No le encuentran sustituto. Quieren colmarse de galas y adornos y caen, fatalmente, en la borrachera de colorines de un pueblo en fiesta mayor.

La ciudad de nuestro cuento se ha vestido de gala. Por todas partes banderitas nacionales. Por todas partes charangas bullangueras. Por todas partes júbilo de fies-

ta. Pero no de fiesta popular, sino de fiesta solemne, de fiesta oficial.

Han salido de las arcas, con un fuerte olor a alcanfor, las severas levitas y los pomposos sombreros de copa. Pasan, en autos lujosos, damas empingorotadas y caballeros muy buecos y orondos dentro de sus lúgubres vestiduras. Las mujeres, por lo general, son viejas y feas (las mujeres jóvenes y bonitas no acuden a estas fiestas oficiales). Son doctoras, abogadas, concejales, presidentas de Juntas de Damas, sufragistas, capitanas del Ejército de Salvación. Solteronas, en su mayoría. No han querido tener tratos con el Amor, o el Amor no ha querido tener tratos con ellas.

Los caballeros son gente seria: letrados, juristas, publicistas, políticos, hombres de negocios, pastores protestantes, burócratas. Son esos señores que se ven en todos los entierros y en todos los funerales de cierta categoría, y en todas las recepciones oficiales. Son esos señores que llevan embotellado un discurso de lugares comunes para soltarlo en cuanto se presente la ocasión. Son los cuervos sombríos de la gran ciudad.

Se dirigen los autos a una plaza. En la plaza hay unas tribunas de madera pintada, con banderas, con muchas banderas, con innumerables banderas. ¡La percalina debe de haberse encarecido!

En medio del semicírculo que forman las tribunas se eleva una especie de montaña blanca. Acercándose, se advierte que aquella montaña la forman unas telas

altas, que seguramente encubren algo muy importante: por lo menos, muy grande.

¿Un monumento? ¿Un catafalco? ¿Una locomotora?

Al pie del «ice berg» hay otra tribuna, mejor pintada que las otras y con más banderas. La tribuna oficial, sin duda alguna.

Se acerca el momento solemne.

Ha cesado el ruido de los autos. En cambio, se dejan oír los sones de un pasodoble militar, que interpreta, con más pulmones que arte, la banda de la policía.

Todo el mundo vuelve la cabeza hacia la gran avenida que desemboca en la plaza. Por ella avanza, con paso marcial, precedido de su banda, el cuerpo de policía de la ciudad, luciendo uniforme de gran gala, para ponerse a tono con la solemnidad del día. La llegada de la policía es de un gran efecto espectacular.

Vienen los defensores de la ciudad llenando con sus filas la amplia avenida. Todos son buenos mozos. Todos bien vestidos. Todos con una prestancia de granaderos. Se adivinan los bíceps sólidos bajo los uniformes bien cortados. Se supone que cada uno de aquellos atletas no haría mal papel enfrentado con un Schmeling, con un Dempsey, con un Uzcudun.

¡La policía, salvaguardia de la ciudad!

Todos, al verla, al sentirla tan próxima, lanzan instintivamente un suspiro de satisfacción. Aquella columna marcial que se acerca, da una impresión de seguridad absoluta. A su lado no hay nada que temer. Pueden los pomposos sombreros de copa, los claros vestidos fe-

meninos, lucir sin temores. Nadie los manchará. Ninguno de las vagabundos que rondan por la ciudad se atreverá a acercarse allí, donde velan, paternales, los rompecabezas de la policía.

Ya está todo a punto: las tribunas colmadas de una humanidad feliz, con todas sus necesidades cubiertas. Claro está que aquellos gordos señores y, sobre todo, aquellas empingorotadas damas, tienen, en las tribunas, una vaga apariencia de un enjambre de cotorras y cacatúas. Pero eso es para los ojos irónicos de un humorista. Y, por fortuna, no hay por allí cerca ningún humorista. Todo es serio, todo es solemne...

Sólo el sol, allá arriba, muy alto, se ríe largamente de las pequeñas vanidades de los hombres.

De pronto, en la multitud expectante se arma algún revuelo. Todas las miradas se dirigen hacia la tribuna que se alza al pie del gran bulto cubierto con telas blancas.

Un caballero enlevitado, de aspecto trascendental, en la solapa de la levita la insignia de una condecoración, acaba de presentarse en la tribuna. Trae en la mano la chistera. Sonríe y saluda. Se advierte en él la desenvoltura del que pisa un terreno conocido. Le sigue una dama amojamada. Y otra. Y otra. Y después algún otro caballero.

La ceremonia va a empezar. Toda la «mise en scène» está preparada. Se levanta el telón...

La banda de la policía cesa bruscamente de tocar, a un golpe de batuta de su director. Y el caballero de la

insignia en la solapa adelanta hasta apoyarse en la frágil barandilla de la tribuna. Tose. Carraspea. Se pasa la diestra por la calva, como si apartase de su frente unos rizos rebeldes. Al fin se dispara:

—Conciudadanos...

Por todas partes se oyen siseos. No siseos de protesta, como cuando, en un teatro, un actor o un cantante cometen una pifia. No. Son siseos imperiosos, que reclaman el silencio de las masas. Y las masas obedecen—¡oh, la corrección de las masas disciplinadas!—, y el silencio se hace; tan total, tan absoluto, que podría percibirse el vuelo de una mosca... si las moscas no huyesen aterradas de la solemnidad de tales actos.

—Conciudadanos... Nos hemos reunido aquí todas las fuerzas vivas de la ciudad, para celebrar un acto que quedará grabado en el gran libro de la historia con letras de oro por los siglos de los siglos... ¡Sí! ¡Por los siglos de los siglos! ¡No quito ni un año, ni un mes, ni un día! Vendrán nuestros nietos, nuestros biznietos, nuestros tataranietos, etc., y leerán asombrados esta página áurea que nosotros escribimos en estos momentos.

Una pausa. El orador se seca la frente, perlada de gotitas de sudor. En el público hay un murmullo de aprobación, de identificación con aquellas palabras que vibran en el espacio un momento, todavía revestidas de seriedad, y que, después, se alejan por el aire haciendo piruetas.

—He aquí—continúa el orador—el hecho concreto. Como todos sabéis, queridos conciudadanos, la Corpo-

ración Municipal de esta ciudad, que, como alcalde, tengo el honor de presidir, concibió hace tiempo la idea, la gran idea, la iluminada idea, de donar a la urbe un monumento en el que ella—la urbe, quiero decir—se reflejase como en un espejo. ¿Qué hacer? ¿Qué forma dar a nuestra idea...? Al fin encontramos artistas que, bien pagados—¡por dinero baila el can!—se comprometieron a desarrollar nuestra idea..., o, para decirlo con más exactitud, mi idea.

Ahora ya no son murmullos de aprobación. Es un aplauso cerrado lo que acoge las palabras del señor alcalde. Y el señor alcalde, en estos momentos, no se cambiaría ni por el presidente de la república. Sonríe, sonríe, medio desvanecido por el incienso. Semeja un pavo real. Un pavo real negro. Un pavo real vestido de luto.

—Y aquí, queridos conciudadanos—prosigue, señalando el enorme «ice berg» que tiene a su espalda—, veréis cristalizada mi idea. Bueno, mía, y de la dignísima Corporación Municipal... El monumento que el Municipio regala a la ciudad trata de expresar el alma de ella. ¿Lo logrará? Lleva un título simbólico: «Paz y Prosperidad». Es lo que anhela nuestra urbe trabajadora, que ha conseguido anular la pobreza, la miseria, la vagancia, por ver en ellas el máximo de la fealdad.

La mano del señor alcalde va a apoderarse del cordón que debe descorrer las telas que envuelven el monumento. Pero otra mano le detiene. Es una mano femenina, aunque nadie lo diría. Mano delgada y sarmen-

tosa. Pertenece a un avestruz disfrazado de señorita tobillera.

¿Por qué ha de hablar solamente el señor alcalde? Aquella dama, que quizá un día hubiese sido joven y atractiva, y aquella otra lechuza que la acompaña, y aquel señor de las gafas de carey, y aquel otro de mirada inexpresiva de cretino, quieren hablar también. Todos, el que más y el que menos, han acudido a la ceremonia con un discurso aprendido de memoria para encajárselo a los oyentes. ¿Y van a perder tan hermosa oportunidad?

¡No! ¡De ningún modo! ¡Que se espere el monumento! Tiempo hay de presentarlo a la admiración pública.

Y uno tras otro van arrojando sobre los pobres oyentes la llovizna gris de su retórica insubstancial. El gallinero se ha alborotado. Cacarean las gallinas, haciendo saber a todo el mundo que también ellas han tenido parte en la confección de ese huevo colosal que es el monumento. Y los gallos, muy huecos, muy orondos, lanzan su vigoroso «kokorokó», ungido de seriedad, de formalidad y de solemnidad.

¡UN VAGABUNDO! ¡SALVESE EL QUE PUEDA

El señor alcalde tira del cordón; se descorren las telas, y se muestra a la luz del día y a los ojos de los presentes un monumento de extraordinaria grandeza. (Lo de grandeza se refiere solamente al tamaño.) Es grande, eso sí; muy grande. Diez veces, veinte veces el tamaño natural. Consta de tres figuras: en el centro, sobre un alto pedestal, una matrona sentada; y abajo, un guerrero, con una rodilla en tierra, esgrimiendo un machete terrible, y a su lado, otra dama en pie, con los brazos caídos y las manos abiertas, en una actitud de éxtasis.

Se titula el monumento «Paz y Prosperidad», pero lo mismo podría titularse «Un gladiador enamorado» o «Las modas en tiempos de Ulises».

La multitud lo contempla absorta. Y repentinamente, de todas las bocas parte una exclamación de asombro primero, de indignación después. Es un «¡Oh!» rugiente, amenazador, como el retumbar de un trueno lejano.

¿La causa?

Algo verdaderamente inaudito. Allá arriba, en el regazo de la matrona sentada, sobre la blancura marmó-

rea de la escultura, destaca una mancha negra. Observándola con atención, se advierte que es un hombre, al parecer dormido.

¿Cómo es posible que haya un hombre allí, en aquellas alturas y en momentos que pasarán a la historia, según acaba de decir el señor alcalde? ¿Será, acaso, el escultor que lo creó? ¿Será uno de los obreros?

No. Todos desechan tal pensamiento. El escultor conoce su oficio, y además, allí está, en la tribuna oficial recibiendo parabienes y felicitaciones.

Un obrero, tampoco. Los obreros de esta gran ciudad son obreros serios, que tienen de su profesión un concepto tan elevado como un catedrático pueda tener de la suya.

¿Quién entonces? Sólo quedan dos caminos: un excéntrico o un vagabundo.

¿Un excéntrico? ¡Desechad tal hipótesis! En los Estados Unidos—donde esta acción se desarrolla—abundan los excéntricos, puesto que abundan los millonarios. Y nadie tan inclinado a cometer extravagancias como esos seres privilegiados que se ríen de los impuestos sumtuarios y usan y abusan del esplin como del «whisky».

Pero un millonario excéntrico de Yanquilandia, por muy excéntrico que sea, no se atreve a realizar tamañas heroicidades. Podrá lanzar su torpedo por las carreteras a ciento cincuenta por hora. Podrá romper vidrieras de «restaurantes» y tirar al blanco sobre la vajilla de un establecimiento de lujo. Podrá fingirse ladrón para conocer al placer de la aventura y del peligro. Pero

jamás—¡jamás!—se atrevería a realizar sus extravagancias en pleno día, ante las miradas de las «fuerzas vivas» de la ciudad, y, sobre todo, en presencia de las múltiples banderitas nacionales, por las que todo americano siente profunda veneración.

Queda la otra hipótesis: el vagabundo. Pero a tal suposición temblan, se horrorizan, se escandalizan aquellas gentes bien alimentadas. ¡Un vagabundo! ¡Un vagabundo en aquella ciudad modelo, que, según las palabras de su alcalde, había extirpado como plantas dañinas la pobreza, la miseria y la vagancia!...

Y sin embargo, el hombre que dormía en el regazo de la matrona tan apaciblemente como en un lecho de plumas, era un vagabundo. Y lo que es peor, un vagabundo recalcitrante: Charlot. Los hombres, al verle tan grotesco con sus anchos pantalones, su chaqué demasiado corto, sus botas descomunales, su bombín y su bastón, se reían de él. Pero él se reía de los hombres y de sus afanes y de sus ambiciones. Y al verlos tan apresurados gateando por la pendiente abrupta de la riqueza, los compadecía en el fondo.

Porque Charlot era más rico, infinitamente más rico que los millonarios que poseían una docena de coches y vivían una vida sobresaltada, pendiente del timbre del teléfono o de los signos misteriosos del telégrafo.

El no necesitaba nada; no ambicionaba nada. Pasaba por la vida con la calma de un paseante. Admirando lo que era digno de admiración. Burlándose donosamente de todos esos ídolos—Fortuna, Poder, Maquinis-

mo—ante los que se prosternan los hombres de las nuevas generaciones.

«La vida—pensaba él—es como una copa de néctar. Hay que beberla a sorbos, muy despacio, paladeándola bien, porque, terminada esa copa, no encontraremos otra. Es necio el que la apura de un trago, sin gustar siquiera su contenido.»

Y así, Charlot, se detenía a admirar una flor, a seguir el vuelo de una mariposa, a tomar el sol en una mañana deliciosa de invierno. A su lado pasaban gentes con prisa; gentes que no se daban cuenta de si hacía sol o el cielo estaba nublado; gentes que tomaban el «metro», apretándose, empujándose, para ir a hundirse en los grandes rascacielos de las ventananas innumerables, donde les aguardaba una máquina de escribir y un jefe tiránico y despótico, que tampoco sabía si hacía buen sol o lo ocultaban densos nubarrones.

Naturalmente, la ciudad se vengaba del intruso. Muchas, muchísimas veces, Charlot no comía. Se alimentaba de aire y de sol. Pero eso es un alimento muy poco nutritivo. Y el buen Charlot se apretaba el cinturón y sufría estoicamente el tormento de pasar por delante de las cocinas de los hoteles, de los escaparates de los «restaurantes», donde el olfato y la vista conocían el suplicio de Tántalo.

Entonces, el vagabundo se entristecía. Notaba que el mundo es una casa de locos... en la que sólo comen los locos. ¡Y él era el único cuerdo encerrado allí para desgracia suya!

Cuando esta situación se prolongaba, recurría a su ingenio para buscar una salida.

Así, la víspera de los sucesos que vamos reseñando, Charlot había paseado todo el día. Por casualidad había comido y por casualidad había cenado. ¡La cosa marchaba bien!

Después de cenar salió a la calle, risueño y optimista. Jugaba con su bastoncillo, saludaba con un sombrero a las mujeres bonitas que se cruzaban en su camino, daba un gran rodeo cuando divisaba en una esquina la sombra de un policía.

Era feliz. Esperaba que la casualidad le resolviese el problema del lecho lo mismo que le había resuelto el de la comida. Y entretanto, paseaba y contemplaba la luna. La admiraba. La adoraba. Era la diosa de la noche; la lámpara de plata que ilumina los amores de los hombres.

Al cabo de una hora de paseo, la luna ya no le pareció tan interesante. Después de dos horas le era completamente indiferente. Cuando habían transcurrido tres horas, la aborrecía... Juraría que la luna se burlaba de él, del dolor de sus pies, de su pobre humanidad molida, anhelante de tomar la posición horizontal.

Fuó a una plaza. Y a otra. Y a otra. Con la esperanza de encontrar un banco donde tenderse a sus anchas. No lo halló. Había, sí, muchos bancos en todas las plazas que hubo de recorrer. Pero los bancos de cada plaza estaban bien guardados por un policía, que cuidaba con

celo extraordinario de que nadie tomase asiento en ellos.

Charlot, renegando de la policía y de la urbanización, pensó: «¿Para qué están los bancos en las plazas públicas, si un pobre hombre cansado como yo no puede reposar en ellos?» «¿Están solamente para que los pájaros los llenen de manchitas blancas?»

Siguió andando, andando. Habían ido cayendo desde lo alto, como estrellas sonoras, las largas horas de la noche y las breves horas de la madrugada. Charlot estaba desesperado.

Llegó a una gran plaza: la plaza que ya conocemos. Un «ice berg» en el centro y unas tribunas alrededor. Miró en torno suyo. Había, como en todas las plazas, un policía. Pero, por fortuna para el noctámbulo, estaba de espaldas, muy entretenido en golpearse suavemente la espina dorsal con el pequeño garrote.

Charlot no vaciló. Se deslizó sin hacer ruido hasta el «ice berg», se coló por entre las cortinas, trepó por el pedestal, y cinco minutos después dormía profundamente en el regazo, no muy blando ni muy tibio, de la matrona de marras.

III

LOS APUROS DE UN ALPINISTA

—¡Es intolerable! ¡Es un alarde de cloismo y de desvergüenza!

—¡Vamos a encontrar a esos vagebundos hasta en la sopa!

—¡Es una plaga! ¡No sé cómo las autoridades toleran esa gentuza en la ciudad!

—¡Y aun si se fuesen a los suburbios! ¡Pero aquí, entre nosotros, profanando la grandexa de este instante, la severidad de ese monumento!

Eran las personas serias las que hablaban. Las personas sensatas. Las que tenían mucho que perder. Las «fuerzas vivas», en suma.

Aquella «profanación» tenía para ellas toda la gravedad de un crimen. No comprendían—no podían comprender—que el acto de Charlot tenía la misma trascendencia que el de un pajarillo que se pusiese a flirtear sobre los senos de la Venus de Milo.

Y así era, a pesar de aquellas voces cacandalizadas.

Cuando, corridas las cortinas, Charlot recibió el sol en la cara, se despertó. Hizo unos cuantos guiños. Se rascó una pierna. Todo esto, con la perfecta naturali-

dad del hombre que se despierta en su alcoba después de un sueño reparador.

Le llamó la atención el ver que en vez de tener por techo las telas blancas, tenía el limpio azul del cielo. Pero aún tenía bastante sueño en los párpados para pensar. Se despezó. Se incorporó. Y fué entonces, sentado en el regazo de la matrona, como si fuera su bebé, cuando se dió cuenta exacta de su situación.

Vió allí abajo los grupos de hombres y mujeres que le contemplaban, primero con asombro, después con hostilidad. Llegaron hasta sus oídos voces iracundas: —¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que se vaya!

Un poco más allá divisó la masa enorme del cuerpo de policía. Y Charlot sintió entonces un profundo temor. En sus andanzas por aquella ciudad y por otras ciudades había aprendido a respetar y temer a la policía, porque veía en ella la concentración de todas las fuerzas y todos los poderes humanos. Sabía por propia experiencia que con la policía no valen bromas ni alardes de ingenio. Sentía hacia ella un respeto parecido al que un cazador debe inspirarle a un conejo.

Por lo tanto, lo primero que hizo fué levantarse de un brinco. Quedó en pie sobre el regazo de la noble matrona, y desde allí, muy rendido, muy gentil, esperando desarmar a aquella multitud indignada que le contemplaba, se puso a repartir sonrisas y sombrerazos con una profusión enternecedora. Sin embargo, no consiguió «mansar» a la fiera. Seguan llegando las voces

airadas del rebaño humano, y allá abajo vela moverse los brazos de los ciudadanos como aspas de molino.

No sabía qué hacer. Dar un salto desde aquella altura equivalía a romperse el bautismo. Y si descendía lentamente, se exponía a que la muchedumbre lo linchase antes de llegar al suelo.

Vió, de pronto, cómo un capitán de la policía se destacaba de la columna y avanzaba rápidamente hacia él. Entonces ya no vaciló. Con agilidad siniesca se deslizó por los muslos y las piernas de la honorable matrona como por un suave tobogán. Pero, ¡ay!, que cuando ya creía tocar el suelo, quedóse enganchado por los fondillos del pantalón en el machete de aquella especie de gladiador arrodillado a los pies de la dama.

¡La situación se complicaba! El buen Charlot se debatía como una mariposa atravesada y clavada a la pared por un alfiler. ¿Qué hacer? ¿Cómo abandonar aquella situación ridícula... y peligrosa?

Peligrosa, sí, porque el capitán de policía llegaba ya al pie del monumento... Y sin duda sus intenciones no eran solamente echarle un sermón.

Charlot, con los pies y las manos en el aire, le dirigió una sonrisa que era un poema. Pero la sonrisa se le heló en los labios cuando vió muy cerca el gesto de la autoridad. Se sintió perdido. Cerró los ojos. Y cuando esperaba que la diestra del capitán cayese sobre uno de sus hombros, oyó un estrépido formidable; un estrépito de bombo, de platillos, de cornetas... ¡Algo así como si hubiese sonado la hora del juicio final!

Abrió los ojos. El capitán de la policía estaba al pie del monumento. Cuadrado. Con la mano derecha en la gorra, saludando militarmente. Tras él, todos los números del cuerpo habían adoptado la misma posición; y los caballeros, descubiertos, y las damas, en actitud recogida, se hallaban en pie, respetuosamente. Era que la banda de la policía interpretaba el himno nacional.

Charlot no quiso ser menos. Se descubrió. Procuró mantenerse erguido. ¡Y aquí de sus apuros! Como se hallaba sostenido en el aire por la espada del guerrero, su cuerpo, impulsado por la fuerza de gravedad, se inclinaba hacia tierra, y el vagabundo debía de realizar improbos esfuerzos para guardar su posición respetuosa.

Por fin consiguió desprenderse, en el preciso momento que la banda lanzaba sus últimas notas. Siempre saludando, siempre sonriente, en su afán por ganarse las simpatías de los presentes, fué andando hacia atrás, para no volver la espalda al «público» y quedó sentado sobre las narices del gladiador.

Nueva explosión de ira.

—¡Salga usted de ahí! ¡Inmediatamente!

Y Charlot, en su precipitación, fué a sentarse en una de las manos de la dama que se hallaba en actitud de éxtasis. Su aturdimiento crecía por momentos. No sabía qué hacer. Si se estaba quieto, malo. Si se movía, peor.

De todas partes le gritaban:

—¡Fuera! ¡Que se vaya! ¡Que lo echen!

El no hacía más que sonreír y saludar con profundos

sombrerazos. Pero su sonrisa y sus saludos tenían algo de la tristeza desesperada de un condenado a muerte.

Nada hay eterno en este mundo, sin embargo. Y la situación de Charlot no podía, pues, eternizarse. Logró sobreponerse a su azoramiento y encontró, al fin, la salida de aquel laberinto. Por la parte trasera del monumento no había un alma; el camino estaba libre.

Charlot saludó por última vez con la gracia alada de un artista de circo al terminar sus ejercicios en la pista, y huyó por aquel camino que se abría ante él, como si le hubiesen dotado de un motor de cuarenta caballos.

IV

LA CIEGUECITA

Aquella tarde, Charlot, olvidado del incidente matutino, paseaba por la ciudad, saboreando la vida y medio habano que la Providencia había puesto en una acera, al alcance de su mano.

Con un cigarro en la boca, aunque ese cigarro no fuese más que una vil colilla, Charlot sentíase más filósofo que nunca. Fumaba. Y paseaba. A su lado, la urbe alcanzaba su máximo de fiebre. Dejaba de ser río para convertirse en torrente impetuoso.

Pasaban por las calles filas interminables de coches. Los había de todas las marcas y para todos los gustos. Desde el Rolls poderoso y silencioso hasta el antiguo Ford trepidante y antiestético, pasando por el lujo y la comodidad del Packard. Las señales luminosas, como hadas de la ciudad, los hacían andar o detenerse, cual si una fuerza magnética que partiese de ellas influenciasse los motores. Pero, sobre todo, el verdadero mago de la calle, era el alto policía, que, de pie sobre un pedestal, para parecer aún más alto, controlaba el tráfico. Se diría el pastor del rebaño de autos.

Todos aquellos coches, con el trepidar de sus motores,

con los estridentes sonidos de sus cláxons, cantaban un himno a la velocidad, a la prisa del siglo XX.

Y Charlot, caminando despacio y saboreando su cigarro, pensaba que la prisa es un estupidez; que no vale la pena pasarse la vida corriendo, con la lengua fuera, para que, cuando menos se la espera, se presente la Muerte y diga a los mortales con el gesto irónico de su boca desdentada:

—¡Basta de correr, amiguitos! Ahora a dormir, a reposar eternamente. Ya habéis corrido bastante.

Y el filósofo, tan pobre como Diógenes, pensaba:

—¡Pobre Humanidad! ¿Por qué correr, por qué sudar, por qué precipitarse, si al fin y al cabo todos hemos de llegar al mismo sitio a la misma hora? Los hombres son necios. Se pasan la vida ambicionando el dinero, el poder, la fuerza. Y cuando consiguen estas cosas se acuerdan de que no han vivido. Pero es demasiado tarde para rectificar el camino...

Charlot estaba optimista porque había comido. Por eso se permitía el lujo de compadecer a sus semejantes. Había comido espléndidamente. Un amigo le había invitado a comer, con la esperanza de que el eterno bohemio le amenizase la comida con la relación de algunas anécdotas graciosas. Pero Charlot se había limitado a comer a conciencia, como hombre que sabe que cuando se presenta una ocasión, no conviene desaprovecharla. Cuando terminó el yantar, el vagabundo, en la puerta del «restaurant», pidió a su amigo un dólar. Y se lo gastó alegremente. Ahora, en esta hora afanosa de la tarde,

sólo le quedaba, como recuerdo de tanta prosperidad, una moneda de veinte centavos.

Atravesó la calle. En una encrucijada se habían detenido todos los autos que por allí circulaban. De pronto, cuando se hallaba en medio de la avenida, Charlot divisó a un policía de los de motocicleta, y por no pasar por delante de él, ya que era hombre poco aficionado a llamar la atención, sobre todo la atención de la policía, se introdujo en un hermoso auto que había situado junto a la acera opuesta, y salió por la otra portezuela, cerrándola de golpe.

Al ruido, una muchacha que se hallaba en la acera, volvió la cabeza. Era una linda vendedora de flores, rubia, angelical. Su voz—una voz de plata—se dejó oír:

—¿Un clavel, caballero?

Charlot miró a su alrededor. No había nadie; sólo él. Sin embargo, la muchacha había pronunciado la palabra «caballero»...

Se miró a sí mismo. Realmente, sus pantalones, que debieron de pertenecer a un gigante, su chaqué, que sin duda cubrió las formas de un enano, no eran el ropaje con que suelen vestirse los caballeros. Y el caso es que la muchacha seguía sonriéndole—a él, a él en persona—y le repetía:

—¿Un clavel, caballero?

Comprendió, al fin, Charlot. Como acababa de salir de aquel auto lujoso... ¡Naturalmente! ¡Todo estaba explicado!

Y pavoneándose, se acercó a la gentil muchacha. Ella

le mostraba una flor en cada mano, mientras le preguntaba:

—¿Qué prefiere el señor, una rosa o un clavel?

—El clavel—respondió Charlot, pensando que aquella nota roja no haría mal en la solapa de su chaqué.

La florista se aproximó más a él con la intención de prenderle la flor en la solapa. Pero la flor se cayó al suelo. Galante, Charlot se apresuró a recogerla.

Y fué cuando descubrió, extrañado, que algo anormal ocurría a la muchacha. Como si no hubiera visto su acción, la florista se arrodilló en la acera y sus manos—manos de ciega—tantearon en vano buscando la flor caída. Al no encontrarla, preguntó:

—¿La ha recogido usted, caballero?

—Sí, señorita; yo la he recogido—respondió el vagabundo con acento emocionado.

Y puso en manos de la joven el clavel, que la florista se apresuró a prender en la solapa del bohemio.

Charlot la contempló unos momentos con emoción honda. ¡Tan bonita y ciega!... Por decir algo, dijo una tontería:

—¿Es que no ve usted bien, señorita?

—No veo nada, señor—replicó la joven con una dulce resignación.

El vagabundo no dijo nada más. No se le ocurrió nada amable, nada espiritual. Se limitó a mirar a la pobre niña; a mirarla intensamente, compasivamente, con una mirada en la que se reflejaba toda su alma.

El, tan débil, tan despreciado por los hombres, tan

situado al margen de la vida, encontraba al fin su alma gemela. Porque aquella ciegucecita era como él: una pobre planta, callada y humilde, que a todas horas pisoteaban los poderosos, los egoístas de la gran ciudad.

Sintió que una fuerte corriente de simpatía le acercaba a aquella muchacha tan necesitada de protección. Sintió que su corazón se quedaba preso en aquella red de encantos tiernos, de encantos dulces y suaves, que constituían el gran atractivo de la niña ciega.

Le entregó todo lo que poseía: una moneda de veinte centavos.

En aquel momento, un caballero—un caballero «de verdad»—abrió la portezuela del auto que poco antes había cerrado Charlot, y unos segundos después el coche, con un resoplido furioso, se puso en marcha.

—¡El cambio, señor! ¡Que se olvida el cambio!...

Creía—¡oh, sarcasmo!—que el pobre diablo que le había comprado el clavel era el opulento propietario de aquel «ocho cilindros».

CHARLOT ENAMORADO

Charlot no se marchó. Se quedó. Aprovechó la creencia de la florista, segura de que se había ido, para contemplarla a su sabor, con el ánimo enternecido.

Hemos dicho ya que el escenario donde el idilio iba desarrollándose, era la acera de una gran avenida. Lo que no hemos dicho es que la muchacha había establecido su pequeño comercio en la verja de un gran jardín que allí había. Ella se sentaba en el poyo de piedra de la verja, teniendo a sus pies un cesto lleno de diversas flores.

Cuando oía pasos cerca, y sobre todo, cuando sentía acercarse a la acera un automóvil, pregonaba su mercancía, con una voz que era un regalo para el oído. Pero las gentes de las grandes ciudades viven demasiado ajetreñadas para cuidarse de tales delicadezas. Los hombres, las mujeres pasan deprisa ante ella, sin mirarla siquiera, sin darse cuenta de su ceguera y sin compadecerla, por lo tanto.

Sólo, de vez en cuando, alguna pareja de enamorados, alguna dama que había salido de compras, algún jovenzuelo que, al salir de la oficina, iba a ver a su novia,

se detenían un instante ante el puesto y adquirían unas rosas, unos claveles o una violetas.

Después, la indiferencia total, el ir y venir apresurado de las gentes. La ciegucecilla, pregonando su mercancía, semejaba un náufrago pidiendo socorro en medio de la inmensidad hostil del mar.

Charlot, andando de puntillas, para que sus pasos no resonasen en el timpano afinado de la ciega, fué a sentarse en el poyo de piedra, un poco distante de la muchacha. Desde allí la contempló, la admiró y la compadeció.

Era la joven alta, fina, bien proporcionada. Su cuerpo esbelto rebosaba salud y juventud. Pero no había en él sensualidad. Su ceguera la envolvía en una nube de melancolía, de tristeza otoñal, como esos días en que el sol de estío se oculta y empiezan a caer las gotas persistentes de las primeras lluvias.

De pronto, la joven se levantó; tomó del suelo un cubito donde ponía en agua sus flores, y se dirigió hacia Charlot. El pobre diablo se consideró perdido. Si llegaba hasta allí, podría rozarle, tropezar con sus botas monumentales; y entonces se daría cuenta de su presencia y quedaría roto el encanto de aquella muda contemplación.

La florista avanzaba, avanzaba... Charlot levantó sus pies, se encogió, se apretó contra la verja cuanto le fué posible, contuvo la respiración. La cieguita pasó por delante de él sin notar su presencia.

Al lado de Charlot, sin que él lo hubiese visto hasta

entonces, había una fuentecita incrustada en la pared. La muchacha se había detenido ante ella; es decir, a dos centímetros de distancia del vagabundo, el cual, con aquella proximidad, se creía el más feliz de los mortales.

¡La tenía allí, a su lado! ¡Podía aspirar su aroma! ¡Podía casi sentir latir su corazón!

Ahora, mientras la joven lavaba el cubito en la fuente, Charlot admiraba la perfecta curvatura de su cuerpo. Y repentinamente, ¡zás!... El agua que contenía el cubo fué lanzada por la ciegucecita sobre la cabeza de Charlot. Naturalmente, ella no sabía nada; ella no podía adivinar que hubiese allí un hombre contemplándola, adorándola. Había arrojado el agua sobre el vagabundo, creyendo arrojarla en el jardín vecino.

Y Charlot, mientras se alejaba de puntillas y se sacudía sus ropas chocorranteras, maldecía de aquella dacha que había enfriado sus entusiasmados amatorios.

Se alejó a paso rápido. El sol estival secó pronto sus ropas. Y Charlot volvió a ser el eterno paseante que juguetea con su bastoncillo y saluda rendidamente a las mujeres gusapas que encuentra en su camino.

En una esquina, un chico vendedor de periódicos, al verle, se introdujo en la boca unos perdigones, se colocó entre los labios una cañita hueca a guisa de cerbatana, y disparó sus municiones contra Charlot.

Pretendió el vagabundo ponerse serio, adoptar un ademán digno de caballero que protesta de un atropello, pero sólo consiguió que la lluvia de perdigones arreciase. Entonces continuó su camino con un empaque de



— «Lo ha reunido usted, caballero?» — pregunta la dueña de la casa.



— «Caballero, no consienta que cometa usted semejante torpeza!»



Los borrachos se parecen a las piedras en el odio que sienten por los vagabundos...



...y así una vez más pecar a la vergüenza ante él...



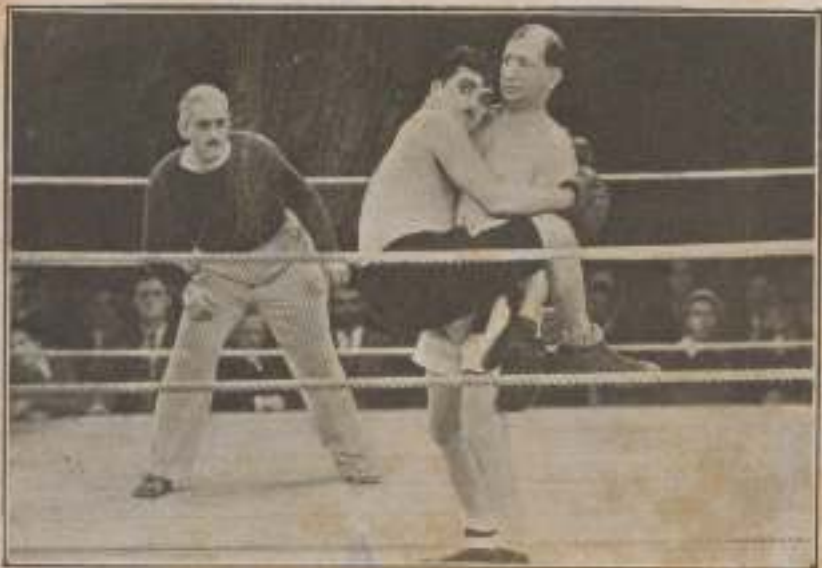
Charlie la contempló, la admiró y la compadeceó...



...Y Charlie pudo fumar algo más satisfecho que los golfes...



Los puñetazos de su adversario llegan hasta su cara...



Recurre a mil estrategias para evitar aquella lluvia de puñetazos...

emperador venido a menos, estremeciéndose ligeramente y murmurando una maldición cada vez que una de las bolitas de plomo le daba en el cuello, en el cogote o en una oreja.

Cuando dobló la esquina, respiró. Estaba a salvo de la crueldad inconsciente de los chicos. Y otra vez volvió a hacer giros caprichosos con su bastoncillo y a obsequiar a las gentiles damas con no menos gentiles sombrerazos.

Olvidados todos los incidentes. Si Charlot era un ser feliz, era por eso: porque olvidaba pronto las contrariedades y en cambio prolongaba los gozos, con la ayuda de su imaginación, hasta lo inverosímil.

Precisamente, la vida de la ciudad, que, a pesar de lo que contra ella venimos diciendo, es sumamente amable para los pascantes y los vagabundos, le ofrecía ahora uno de sus amenos espectáculos.

Un escaparate de una tienda de modas. Y en él, un maniquí. Pero no un maniquí corriente, sino una verdadera escultura. Era una mujer «vestida» con el traje que nuestra madre Eva usó en el Paraíso antes del pecado.

Charlot la contempló; no con el gesto de conmiseración con que poco antes había contemplado a la florista ciega, sino con la atención de un buen cotador que prueba un exquisito vino añejo, o de un técnico que aprecia una materia en la que es perito.

Primero, para no llamar la atención de los transeúntes, fingió admirar los otros objetos que había en el escaparate; pero, cuando nadie le miraba, echaba una

larga ojeada a la estatua. Después se decidió a apreciarla descaradamente, imitando el ademán de los artistas cuando están ante una obra de arte. Se acercaba, se alejaba, se colocaba una mano sobre los ojos a guisa de pantalla... Pero estos ademanes están muy bien para un museo. En plena calle tienen sus inconvenientes.

Charlot estuvo a punto de descender demasiado rápidamente a los sótanos de la casa utilizando un montacargas que había disimulado en la acera. Y cuando fue a protestar, vió ante él un gigante tan grande, tan enorme, que el resuello se le cortó y desapareció con la ligereza de un can perseguido.

VI

LA MELANCOLIA DE UN ATARDECER

Atardecía.

En las grandes ciudades, la hora del crepúsculo no es una hora melancólica. Nadie advierte que el sol se va ocultando, se retira a descansar en su lecho, que es la línea del horizonte. Nadie puede percibir la gran calma de la Naturaleza en esa hora en que los campos se sumergen en el silencio más profundo, en un silencio que se «oye». Nadie recuerda que en esos momentos, en los árboles de la campiña, los pájaros arman un gui-

rigay ensordecedor antes de esconder la cabeza bajo el ala.

En las ciudades, en estos días tibios de la primavera, en estos días cálidos del verano, sólo se sabe que va oscureciendo, y antes de que oscurezca del todo ya se han encendido, como por ensalmo, todas las luces al mismo tiempo.

Es la hora grata; no la hora melancólica. Es la hora en que se abren de par en par las puertas de esas jaulas enormes que son los rascacielos, y las escaleras de los treinta, de los cuarenta, de los sesenta pisos vomitan a la calle una ola humana que invade los autobuses y se precipita por las bocas negras del «metro». Cobran las calles, de pronto, una inusitada animación. Siguen las prisas de todo el día. Pero ahora son unas prisas alegres, que no tienen ese carácter febril de las de las otras horas del día, cuando los hombres, afanosos, sólo piensan en la conquista del oro. Son las prisas de los que temen llegar tarde a una fiesta.

A esta hora en que se encienden las primeras luces de la ciudad, en casi todos los hogares hay una cazuela humeante en la cocina, que exhala un apetitoso olor. Van llegando los habitantes de las casas. Y manos masculinas o manos femeninas, indistintamente, extienden un blanco mantel sobre la mesa y van colocando sobre el mantel la vajilla, las servilletas, los cubiertos.

En estas horas, se vive. Se vive demasiado deprisa, pero se vive. Casi nadie—excepto los hombres de negocios—piensa en la lucha cotidiana por el dólar. Se

quedan esas preocupaciones para el día siguiente, cuando el nuevo sol empieza a desarrollar en la ciudad su juego de luces y sombras.

Ahora hay que vivir: unas horas o unos minutos. Lo interesante es comer pronto para salir al cine, al teatro, al «cabaret», al club. A expandir el ánimo. A olvidar, en unos momentos rápidos de diversión, las ocho horas de encierro diario.

Sólo para dos personas, en la gran ciudad, el crepúsculo era melancólico.

Una de estas personas era Charlot; la otra, la ciegucecita.

La melancolía de Charlot estaba saturada de materialismo. Al encenderse las luces de la ciudad, como cuando el sol alcanzaba el cenit, su alegría de pájaro en libertad era substituida por una amarga tristeza. Era la hora de su gran problema. Había que comer. Había que dormir. Y no se encuentran a cada paso amigos caritativos capaces de poner un dólar en la mano del indigente. Ni hay a la vuelta de cada esquina un dueño de «restaurant» protector de los vagabundos. Ni se tienen siempre a mano escenarios donde hacer gala del ingenio a cambio de un plato... de lo que sea.

Para la ciegucecita, la hora del crepúsculo no hacía inseparable. No había en este sentimiento, a diferencia más que aumentar la tristeza, que era su compañera del de Charlot, ni sombra de materialismo.

Era la hora en que la florista recogía los restos de su mercancía, si le quedaba algún ramillete sin vender,

y se encaminaba muy lentamente hacia su casa. En las otras horas del día, ella se sabía ciega, ella se sabía desgraciada; pero sentía el ir y venir febril de las gentes que pasaban a su lado, y eso le servía de consuelo. Adivinaba que en aquellas horas de trajín nadie tenía tiempo para considerarse completamente feliz. Cada uno estaba pendiente de sus ocupaciones o de sus preocupaciones. Y ella, ciega y todo, era uno de tantos; un átomo del montón anónimo.

Pero en la hora del crepúsculo era distinto. Se habían abierto las puertas de oficinas y talleres, y a su oído llegaban las risas, los planes amables de los que pasaban por delante de su puesto. Todas aquellas gentes iban a divertirse. Por unas horas, bajo el dosel de estrellas, tendrían la ilusión de la felicidad. Sólo para ella, la pobre ciegucecita, la noche era igual al día. La noche era, además de la obscuridad, la soledad y el silencio. Sólo para ella no había bailes, ni fiestas, ni palabras dulces de muchachos. Sólo para ella era triste y hostil el soberbio Parque de atracciones de la urbe.

Se levantó. Recogió su cesto vacío y se dirigió a su casa, arrimada a la pared, como siempre. Cuando debía cruzar una calle por el arroyo, un policía acudía, paternal, y la conducía de la mano hasta la acera opuesta.

Llegó. Vivía en un barrio humilde, apartado del centro. Su casa era un entresuelito, al que se subía por una breve escalera que terminaba en la acera. Un canario gorjeaba alegremente en la ventana, despidiéndose del día que moría.

Cuando hubo abierto la puerta de su casa, llamó:

—Abuela...

Presentóse una viejecita, muy arrugada, de gesto bondadoso. Besó a su nieta, la cogió por un brazo y la condujo al comedor.

—¿Qué, cómo ha ido hoy la venta? —preguntó a la recién llegada.

—Bien, abuela; ya ves, lo he vendido todo.

Y le enseñaba el cesto vacío.

—Menos mal, hija mía, menos mal.

No dijo más la abuela; pero su rostro expresaba lo que no quería decir, por no afligir a su nieta.

Menos mal, sí; porque si la venta no fuese buena, no tardarían en presentarse los días de privaciones, los días de hambre. ¡Eran ellas dos solas! ¡Una vieja y una ciegucecita! Sin nadie que las ayudase, sin nadie que les tendiese una mano en un momento de apuro. Gracias a aquella venta diaria de las flores podían ir tirando. Pero la abuela no quería pensar si un día, por cualquier causa, aquella venta se interrumpiese.

¿Qué sería de ellas entonces? ¿Cómo encontrar un apoyo en aquella ciudad egoísta e indiferente, que sólo tenía un gesto acogedor para los poderosos, para los mimados de la fortuna?

Por fortuna para la ciegucecita, no pudo ver el rostro sombrío de su abuela. Y, casi alegre, casi risueña, fué a retirar el canario de la ventana. Y puso la mesa. Y fué a la cocina a oler la comida. Se movía dentro de la casa con absoluta seguridad, como si no fuese ciega.

Un momento después las dos mujeres estaban sentadas ante la cena frugal. Comían en silencio, tristemente.

Lejos, en el centro de la ciudad, de donde la ciegucecita había venido, jugaban al escondite los anuncios luminosos.

Más lejos aún, en la playa, frente al mar, bullaban los altavoces del Parque de Atracciones; subían y bajaban las vagonetas de las montañas rusas, con ruido de hierros y estridencias de chillidos; voceaban los encargados de las tómbolas y un hombre gordo llamaba a gritos a las gentes para mostrarles las sorpresas hilarantes de la Casa Encantada...

VII

CHARLOT ENCUENTRA UN AMIGO

Habían ido deslizándose, rápidas y bulliciosas, las horas de la noche. Ya se habían cerrado los teatros y muchos de los establecimientos de recreo. Ya dormían apaciblemente los hombres y las mujeres que habían salido a divertirse. Solamente en las afueras de la ciudad, lejos de las miradas vigilantes de la policía, alguna «road house» permanecía abierta, y en su interior se bullaba y se servía por «whisky» auténtico el alcohol de los infiernillos.

Los muelles, en cambio, estaban solitarios; absolutamente solitarios. Ni un policía, ni un guardia, ni un vagabundo.

Sólo, a lo lejos, se oía el rumor de la carga y descarga de algunos buques que debían hacerse a la mar al amanecer. Pero en el resto de los muelles, nada: la sombra, el silencio, la quietud.

Por unas escalerillas que llegaban hasta un pasillo de cemento situado a la misma orilla del mar, descendía un hombre. A la primera ojeada se advertía que era un caballero. Vestía «smoking». Ostentaba en la pechera y en los puños de la camisa botones de brillantes. A la primera ojeada se advertía, también, que venía completamente ebrio. Daba traspiés, manoteaba, miraba las cosas con mirada inexpresiva de idiota. En su mano derecha traía una maleta de cuero.

¿Quién sería? ¿Acaso un contrabandista de licores que iba allí a esperar la lancha que debía entregarle la preciosa mercancía? ¿O era, tal vez, un enauorado del «whisky», que acudía a aquel sitio aislado a beber tranquilamente, libre de miradas indiscretas?

El desconocido se arrodilló en tierra, sin importarle poco ni mucho el ensuciar el buen paño de su traje de «smoking», y procedió a la operación de abrir la maleta. Operación ardua, a juzgar por los esfuerzos que nuestro hombre realizaba. Al verle, podía asegurarse una cosa, sin temor a equivocarse: que no era un ladrón de cajas de caudales.

Logró abrirla, al fin. ¡Aquello no era una maleta,

sino una caja de sorpresa! En su interior, en vez de botellas de licor, había una piedra; un pedrusco de no pequeñas dimensiones, que pesaría, por lo menos, un quintal. Alado al pedrusco había una gruesa cuerda y al final de ella un lazo corredizo.

El hombre del «smoking», sin vacilar, como hombre que ha adoptado una resolución desesperada y la pone en práctica, extrajo la piedra de la maleta, se colocó el lazo al cuello a guisa de corbata, se levantó con un esfuerzo y se acercó a la orilla del mar.

No era difícil adivinar sus intenciones. Aquel hombre intentaba quitarse la vida. Y no era por hambre, seguramente. Un hombre que posee una botonadura de brillantes no se suicida por no tener que comer.

¿Contrariedades amorosas, tal vez? Tal vez... Aunque el presunto suicida había dejado ya atrás la edad de las grandes pasiones. En fin, el caso es que el hombre, como era natural, no se molestó en pregonar a los cuatro vientos las causas que le impulsaban a tomar tan irreparable determinación. Se limitó a echarse la cuerda al cuello y acercarse al borde del pasillo, con la sana intención de dormir aquella noche, y muchas otras, en el húmedo reino de los besugos y las sardinas.

Por suerte—o por desgracia, ¿quién sabe!—para él, en aquellos críticos momentos otro hombre descendía por las escaleras. Vacilaba también; se tambaleaba. Pero no de embriaguez, sino de debilidad. Sus pantalones, demasiado anchos, caían lacios sobre sus piernas,

como pendientes de una percha; su bastoncillo tenía en su mano derecha la laxitud de una flor marchita...

¿Necesitaremos decir que aquel hombre era Charlot?

Efectivamente, el propio Charlot, que después de deambular horas y horas por las calles de la ciudad, en espera de una cena quimérica y de una cama más quimérica aún, había conseguido—¡Dios sabe por qué medios!—un bollo de pan y un trozo de queso. Y el vagabundo, conocedor de todos los rincones de la ciudad, venía a devorar allí sus manjares, sabiendo, como sabía, que había en aquel lugar solitario un largo banco, que, en caso de apuro, podría transformarse en lecho.

Le extrañó a Charlot ver un hombre en aquellos parajes; pero estaba demasiado preocupado con su propio problema para parar mientes en los problemas de los demás mortales.

Saludó:

—¡Buenas noches!

Y se sentó en el banco, dispuesto a dar buena cuenta del «souper froid». Aún daba vueltas en su boca al primer bocado, cuando reparó, con extrañeza, en las maniobras de su vecino. La cuerda, blanca, se destacaba sobre el «smoking», negro, alrededor del cuello del desgraciado.

—¿Qué irá a hacer este hombre?—pensó Charlot—¿Irà a ahorcarse? Pero, ¿de dónde, si aquí no hay un garfio, ni una anilla, ni siquiera una percha?

Sintió la tentación de seguir comiendo; ¡tanta era su hambre! Pero no pudo. Acababa de ver el gran

pedrusco alado a la cuerda del suicida. Casi en el mismo instante, éste, con un gran esfuerzo, se apoderó de la piedra con ambas manos y avanzó hacia la orilla, tambaleándose.

Entonces Charlot, de un brinco, se colocó ante él.

—¡Eso no, caballero! ¡Eso sí que no! ¡Un hombre no tiene derecho a atentar contra su vida!

—¡Déjeme usted en paz!—gritó el hombre del «smoking», encolerizado por aquel obstáculo.

—¡Qué voy a dejarle, hombre! ¡Usted delira! ¡Si lo hiciese como usted dice, me creería autor o cómplice de un asesinato!

—¿Pero a usted quién le ha llamado aquí?

—¡Yo me llamo!

—¡Usted se llama un cuerno!

—Caballero, yo...

El «yo» se convirtió en un «ay» de dolor en la laringe de Charlot. El suicida, dispuesto a emplear sus manos en algo mejor que en sostener el pedrusco, dejó caer éste sobre los pies de su «salvador», que vió de pronto las estrellas tan cerca de sí, como si estuviera contemplando el Cosmos por un telescopio de gran potencia.

Charlot se puso a dar brinco por el pasillo de cemento. Parecía enajenado. Sin embargo, no le duró mucho el saludable ejercicio. El borracho volvía a apoderarse del pedrusco.

Otro hombre más egoísta que Charlot, después de la dura lección recibida, habría optado por alejarse de allí y dejar que cada uno hiciese su santa voluntad.

Pero entre los defectos del vagabundo no figuraba el egoísmo.

Al ver que su vecino volvía a la carga, volvió él también, olvidando el dolor de sus pies maltratados.

— ¡Caballero, yo no puedo consentir que cometa usted semejante tontería!

— ¿No puede usted?

— ¡No!

— ¿Por qué?

— ¡Cómo que por qué! Pues, porque... porque... porque no puedo, ¡ea!... ¡Me parece que es una razón de peso!

— ¿Creo que le he dicho a usted que me dejase en paz, no?

— Yo también lo creo.

— ¡Entonces, obedezca!

— No... Usted me perdonará, pero ¡no!

— Pero, ¿con qué derecho se mezcla usted en mis asuntos?

— ¡Con el derecho de hacer el bien! ¿Se figura que es usted el único hombre que sufre? Pues se equivoca, caballero, se equivoca. Yo sufro más que usted. Y aino, dígame: ¿sabe usted lo que es el hambre? ¿Sabe usted lo que es caerse de sueño y no encontrar una tabla donde dormir? Eso lo conozco yo bien, pero usted, no. Su aspecto no es el de un hombre que ayuna. ¡Apuesto algo a que ha comido usted ayer, y anteayer, y hoy! ¡Apuesto algo a que para usted no son un misterio el caviar y las trufas! ¡No hay más que verle los botones

de su camisa! Si yo tuviese esos botones, en vez de pensar en matarme, iría al «restaurant» más próximo y me hincharía... ¡palabra!, me hincharía.

—¿Entonces, usted cree que un hombre sólo puede matarse por hambre?

—¡Naturalmente! ¿Acaso hay algo más desesperante que el no comer?

—¿Y las penas de la vida? ¿Y los desengaños del amor?

—¡Bagatelas!

—¿Ha amado usted alguna vez?

—¡Muchas!

—¿Y no se ha burlado de usted ninguna mujer?

—¡Todas!

—¿Y después de esas burlas no ha sentido usted la tentación de beber y de morir?

—De beber, sí; de morir, no. Bebiendo, se ve todo de color de rosa; le nacen a uno alas; el mundo queda abajo, con sus miserias y sus porquerías, y nosotros nos elevamos, hasta las nubes, hasta el cielo. ¡Viajamos en un trimotor sin que nos cueste un centavo! Se olvidan las penas, se olvidan las cuentas, se olvida hasta el hambre. Es como morir...

—¿Entonces, estamos de acuerdo!

—¡No, de ningún modo! De la embriaguez se despierta. Cuando se han disipado los vapores del matarratas, nos sentimos más ligeros y también más resignados. Podremos tener la lengua como papel de lija, podrá el estómago intentar amargarnos el despertar.

No lo conseguirá... Venimos de recorrer mundos mejores que el nuestro, traemos aún en la retina la visión de los paisajes que desfilaron ante nosotros. Y pensamos que si la pena vuelve a molestarnos, bastarán unas copas de cualquier veneno para darle el puntapié de despedida. En cambio, de la muerte... De la muerte no se despierta. Usted se mata, querido señor, y se muere. Se muere definitivamente. ¡No hay esperanza! Al día siguiente, al año siguiente, al siglo siguiente, el sol volverá a brillar, las amapolas salpicarán de gotitas rojas los verdes prados, trinarán los pájaros en los árboles, se perseguirán las mariposas. Y usted seguirá durmiendo, con un sueño acorchado, con un sueño sin ensueños. Y dirá usted: ¡Qué idiota he sido!

—¡Eso lo dirá usted!

—En efecto; yo diré también: ¡Qué idiota ha sido usted!

—¡Bien! ¡Basta! ¡Me está usted molestando! ¡Váyase, lárguese, evaporese!

—Me iré, pero con usted.

—¡Connigo, no! ¡Quiero acabar de una vez!

—¡No será mientras yo esté aquí!

—¿Que no?...

Lucharon de nuevo, como en un principio. Charlot, instintivamente, apartaba sus pies—El gato escaldado...—, y tanta era su preocupación por poner a salvo sus miembros inferiores, que no advirtió que, en la lucha, la cuerda que rodeaba el cuello del asesino había salido a su cuello. Cuando lo advirtió, era demasiado

tarde. Impulsado por los movimientos bruscos de los dos contendientes, el pedrusco rodó hasta el agua, y tras él salió volando Charlot. Se levantó un surtidor de agua, y el hombre y la piedra fueron tragados por el mar, que ya es sabido que tiene muy buenas tragaderas.

¡Así se ven recompensados todos los redentores que en el mundo han sido!

VIII

¡HAY QUE VIVIR! ¡HAY QUE BEBER!

Digamos, ante todo, que el suicida era nada menos que un millonario. Había pasado la juventud acumulando millones. Cuando llegó a la madurez, bien ferrado el riñón, se casó. ¡Disculpadle! No tenía experiencia. Se casó con una mujer joven, bonita y frívola, como la mayoría de las mujeres.

Los primeros tiempos del matrimonio fueron amables. La mujer, que nunca había conocido los halagos de la fortuna, se sentía completamente feliz al poder comprar todo lo que se le antojaba: que era todo lo que veía. Días de prodigalidad. De despilfarro.

Cuando la luna de miel llegó a su cuarto menguante, el marido tiró de las riendas. ¡No tantas compras! ¡De seguir así, a la vuelta de unos años tendría el matri-

monio que vender por la cuarta parte de su valor todo lo que ahora pagaba a peso de oro!

Naturalmente, la mujercita se enfurruñó. ¡Su marido era un tacaño, un miserable y un verdugo! Y, para hacerle ver que ella no toleraba tiranías, se fugó con un tenorino de ópera barata, que había conocido en una de las fiestas mundanas a que asistía con frecuencia.

Al millonario no se le ocurrió nada mejor que ingerir unas cuantas botellas de «whisky». Pero la medicina, en vez de curarle, acentuó su sombría desesperación. Una idea fija le atormentó: dormir, dormir para siempre.

Y por eso, huyendo del jolgorio del «night club», se fué al muelle, con el firme propósito de darse un baño. Sólo que el baño se lo dió Charlot.

Ahora, a intervalos, la cabeza del «salvador» salía a la superficie, y su voz, cada vez más afónica, se dejaba oír:

—¡Socorro!... ¡¡Socorrooooo!!

El millonario se inclinó al borde del pasillo y tendió a Charlot sus manos. Se aferró a ellas el vagabundo e intentó trepar por la pared de cemento armado. Un segundo después ya no era un hombre el que estaba dentro del agua, sino dos.

Por fin, no sin grandes esfuerzos, el millonario y el vagabundo consiguieron pisar tierra firme, y, conmovidos, se abrazaron. Y en la emoción de aquel abrazo amical, cayeron al agua nuevamente.

¡Era demasiado! Tanto baño seguido enfrió la mente más acalorada.

Cuando los dos se vieron de nuevo en el pasillo, fué el millonario el que tomó la palabra:

—¡Basta de agua!... ¡Usted y yo somos desde ahora amigos por toda una eternidad!

Nuevo abrazo. Nuevo peligro de sumergirse otra vez en el líquido elemento. Lo evitaron, y cogidos del brazo, como camaradas de toda la vida, mojados, calados hasta los huesos, emprendieron la ascensión de la escalerilla, que les pareció la escalera de un rascacielos.

Aún se volvió Charlot para recoger del banco, donde los había dejado, el bollo de pan y el trozo de queso. Y como en lo alto del muelle apareciese la temible silueta de un policía, los dos nuevos amigos se alejaron definitivamente.

Media hora después llegaban a la puerta de una mansión suntuosa, en el barrio más aristocrático de la ciudad. El millonario, introduciendo la llave en la cerradura, abrió la puerta y empujó hacia el interior a su compinche, diciéndole:

—¡Ahora vamos a calentarnos!

La mansión era rica y confortable. Por todas partes, tapices, cuadros, alfombras, cómodos butacones, sofás que se hundían hasta tocar el suelo.

Un criado de librea acudió, solícito. Solícito, despojó a su amo del fino gabán veraniego. Y solícito, dió un pisotón a Charlot. Los criados de casas grandes se parecen a los perros en eso: en el odio que sienten por los

vagabundos, por los individuos mal vestidos. Charlot, siempre filósofo, comparó el pisotón del criado con los ladridos furiosos del perro que, en un bancal, se tropieza con un trapero.

El millonario preguntó al criado:

—¿Algo de nuevo, Jaime?

—Nada, señor... excepto que la señora ha mandado a buscar sus equipajes.

—¿Y se lo han llevado todo?

—Sí, señor.

—¿Pero, todo... todo?

—Sí, señor.

El dueño de la casa sintió unos deseos atroces de llorar. Velozmente, como si en ello le fuese la vida, se dirigió a un mueble, lo abrió y sacó de él una botella de «whisky» y dos copas.

El y Charlot bebieron. Al principio, el vagabundo trataba de abstenerse, comprendiendo que su estómago estaba demasiado débil para soportar aquel riego. Pero con el millonario no valían negativas. Cuando él ordenaba beber, había que beber. No admitía réplicas. Era uno de esos caracteres autoritarios, habituados a mandar y a hacerse obedecer.

A cada nueva copa, el dueño de la casa brindaba con voz estentórea:

—¡Por nuestra amistad!

Charlot repetía:

—¡Por nuestra amistad!

Apuraban el líquido y se abrazaban. Diríase que

celebraban algún rito extraño, alguna ceremonia litúrgica.

A las primeras copas, Charlot empezó a sentir cómo le inundaba una oleada de fuego. Después se sintió optimista. Sus abrazos eran enternecedores. Le hubiera gustado muchísimo ponerse a saltar y a hacer piruetas. Por último, vertía el contenido de las copas en sus bolsillos, en sus pantalones.

El ambiente de la casa se había caldeado.

El millonario, sentado en un sofá, habíase quedado sombrío otra vez. Empuñaba un revólver, que antes había dejado sobre un mueble, cuando germinara en él la idea del suicidio. Se adivinaba que los pensamientos negros volvían a su cerebro. Era una cosa que Charlot no podía comprender, sintiéndose tan optimista, tan alado, tan espiritual.

Se acercó al pobre hombre que sufría.

—¿Es que piensa usted volver a las andadas?

Le quitó el revólver de las manos y se puso a accionar con él, mientras hablaba con tono convincente, un poco tartajosa la lengua.

—¿No ha servido de nada mi discurso, ni mi baño?...

¡Un revólver! ¿Para qué quiere usted un revólver? Sí; sé lo que piensa usted... Bastaría apoyarlo así en la sien (y Charlot iba haciendo como decía), bastaría apretar así el gatillo, para terminar de una vez. Y después, ¿qué? ¡Otro banquete para los gusanos! ¿No es eso estúpido, cuando somos nosotros los que podemos ban-

quearnos? ¡Ea! déjese usted de tonterías. ¡El último tiro se disparó al acabarse la guerra!

Como respuesta a sus palabras sonó un tiro. El revólver acababa de dispararse. Unos segundos antes, cuando el vagabundo lo apoyaba contra su sien, y el buen Charlot estaría ya en el Limbo, haciendo compañía a los chicos que no se bautizaron.

Al oír la detonación, el pobre diablo, de un perfecto salto de acróbata, cayó de bruces sobre el sofá. Estaba pálido. Por un momento, su egoísmo, ese fardo que, más o menos oculto, llevamos sobre los hombros todos los mortales, le gritó prudentemente:

—¿Por qué te metes en camisa de once varas? Hace apenas una hora estuviaste a punto de perecer abogado por salvar de la muerte a un hombre que quería morir. Ahora, poco te ha faltado para levantarte la tapa de los sesos por la misma razón. ¡Deja que cada uno haga su voluntad, y no te mezcles en lo que no te importa!

Desoyó, no obstante, la voz del egoísmo, y, pasado el susto, volvió a acercarse al millonario, a renovar sus súplicas, sus consejos. El millonario le escuchó en silencio. Después se levantó y le abrazó conmovido.

—¡Tiene usted razón, amigo mío, mi mejor amigo! ¡No! ¡Lejos la idea de la muerte! ¡Quiero vivir!

—¡Bravo! —palmoteó Charlot.

Llamó a gritos al dueño de la casa:

—¡Jaime! ¡Jaime!

Se presentó el estirado lacayo de librea.

—¿Qué desea el señor?

—¡El Rolls... a escape!

—¿Va a salir el señor?

—¡Sí; voy a salir! ¡A divertirme, a disfrutar, a olvidar! ¡Hoy renazco a la vida! ¡Voy a celebrar mi nacimiento!

IX

CELEBRANDO

Fueron al mejor «night club» de la ciudad. «Jazz». Un gran ramillete de mujeres bonitas. «Champagne» en abundancia, a pesar de los imperativos de la «drey seca». Parejas muy ceñidas bailando sobre el piso encendido, que refleja sus movimientos.

Charlot y el millonario entraron cogidos del brazo, como los mejores amigos del mundo. Charlot estaba, además de optimista, admirado. Todo aquello que le rodeaba desde su entrada en la mansión de su nuevo «compadres» tenía para él el poder de un deslumbramiento.

Dejó, no sin protestas, que le despojasen del sombrero y del bastón. Y avanzó hacia una mesa que el «maitre d'hotel» acababa de señalarles, siguiendo a su amigo. Pero, ¿qué de sorpresas reserva al novato un «night club» de postín!

No había dado Charlot ni veinte pasos por el centro del establecimiento, cuando, de pronto, resbaló, como si hubiera pisado la cáscara de un plátano. Trató de incorporarse, pero resbaló nuevamente. ¡Nada! ¡Había perdido el control sobre sus pies! Ellos le llevaban adonde les parecía bien, tan pronto hacia atrás como hacia adelante. ¿Han visto ustedes en las pistas de patinar esos señores que, haciendo esfuerzos por mantenerse erguidos sobre los patines, tienen una vaga apariencia de barquichuelos sorprendidos por una furiosa tempestad en alta mar?

Así Charlot. No sabía lo que le pasaba. Iba y venía como empujado por vientos contrarios. En su mente sólo había un pensamiento, sombrío como un presagio: que iba a romperse las narices, si Dios no lo remediaba.

Y Dios lo remedió. Cayó. Pero cayó sentado. Su amigo el millonario acudió a levantarlo. Y con mucha cautela, como quien pisa un suelo de cristal, consiguió Charlot atravesar el espacio encerado y llegar hasta su mesa.

Allí encontró una compensación a tantos sobresaltos: la carta. Una lista de alimentos de nombres enrevesados, que Charlot no podía leer; pero no importaba. Aquella carta le «solía» bien. Sospechaba que tras aquellos nombres había manjares apetitosos. ¡Qué no sería apetitoso para su hambre atrasada!

Pidió, pidió... El banquete, no sería banquete; sería banquetazo. Mientras preparaban el servicio, el millonario adquirió dos habanos. Y Charlot pudo, por pri-

mera vez en su vida, fumar algo más substancioso que las colillas.

Llegaron los entremeses. Sin saber qué hacer del habano, el vagabundo lo dejó sobre una silla próxima, que estaba desocupada; pero pronto se ocupó; y se ocupó por una hermosa dama de vestido vaporoso... que no tardó en arder aparatosamente. Charlot quiso reparar su descuido: empuñó un sifón y lo enfocó sobre la dama. Chullidos. Mojaduras. Maridos que protestan. Camareros que corren. Caldas. Porrazos. ¡El delirio!

Se restablece la calma, y los dos amigos no tardan mucho en turbarla otra vez con su agresividad. Están los ánimos enardecidos por el alcohol.

Por suerte para todos, el «jazz band» rompe a tocar. Hay ruidos y estridencias para todos los gustos. Pedir más sería gollería.

Una dama, muy linda, muy escultural, muy poco vestida, se pone a bailar, precisamente delante de Charlot. Se mueven sus hombros y su seno, en un temblor sensual, como en la rumba cubana. Diríase un desafío de la hembra al macho. No va dirigido al vagabundo, naturalmente, sino a un caballero que está tras él. Sólo que el vagabundo ha perdido la noción de las cosas. Ve ante él una mujer bella que abre los brazos y tiembla su cuerpo, y no ve más. Se precipita sobre ella, la enlaza por la cintura, y aquel impulso basta para volar sobre el piso enecrado en la danza más frenética que han visto los siglos.

Rescatada la dama por sus amigos, Charlot sigue aún dando vueltas, como una peonza, hasta que consigue abrazarse a un camarero que pasa con la bandeja del servicio en alto... ¡La catástrofe consiguiente! Rotura de vajilla, exclamaciones, carcajadas... Aquella noche, en el «night club», ha habido una atracción fuera de programa.

Cuando los dos amigos abandonan el establecimiento, el sol vierte sobre la ciudad cascadas de luz.

Salen el millonario y el miserable cogidos del brazo, como han entrado. Su amistad no se ha alterado con tantos y tan variados incidentes. Es natural. Por ella han brindado y han bebido sus ochocientas sesenta y siete veces.

Salen dando traspiés, medio dormidos, sin saber a punto fijo si están en una ciudad o están en la luna. El instinto les hace encontrar el Rolla. Se acomodan. El millonario empuña el volante.

Y allá va el coche, silencioso y rauda, haciendo eses, subiéndole a las aceras, rozando los faroles y los edificios. No se han estrellado ya, porque hay una Providencia para los borrachos. Baco los protege con su risa cordial.

Charlot acaba por alarmarse. Está mucho más sereno que su compañero, y advierte que el peligro de estrellarse es inminente.

—¡Cuidado, amigo mío, cuidado!

—¿Cuidado de qué?—pregunta el millonario, como despertando de un sueño.

—Cuidado cómo conduces. Vamos a rompernos algo.

—¡Ah! ¿pero yo conduzco?

¡Catastrófico! Charlot lo comprende así, y subiéndose a la capota del coche consigue deslizarse hasta el sitio de su compañero. Y es él quien empuña el volante. El coche amaina su balanceo; acepta la nueva dirección. Y sin más incidentes, Charlot y el millonario llegan a la mansión de este último.

X

OTRA VEZ LA CIEGUECITA

El suicida ya no es un hombre; es un pelele. Como si fuese un fardo, Charlot, no sin sudar tinta china, consigue sacarlo del coche y depositarlo en el umbral de la casa. Después hace sonar el timbre. Comparece el criado de librea que ya conocemos—el orgulloso Jaime—, el cual, arrojando sobre su amo una mirada compasiva y sobre el vagabundo otra colérica, ayuda a entrar al millonario en la mansión.

Cuando ya está dentro, el criado se apresura a cerrar la puerta antes de que Charlot pueda colarse. ¡Y he aquí al pobre hombre de nuevo a la intemperie, de nuevo abandonado de todos, cuando creía haber resuelto el problema de su vida!

Se sienta en el escalón del zaguán, pensativo y melancólico. El aire fresco del amanecer va disipando los vapores del alcohol.

Ya el sol ha rasgado el velo de brumas y rie en las calles, que poco a poco van cobrando su habitual animación. Pasan obreros; pasan los repartidores de leche y de hielo. Los barrenderos municipales, con sus uniformes blancos, que les dan una apariencia de habitantes de un país tropical, avanzan lentamente, empujando su carretilla. De vez en cuando se detienen, recogen del suelo unos desperdicios, los arrojan dentro de su cuba con ruedas y continúan su camino, con aire filosófico de hombres que conocen a fondo todas las miserias humanas.

De pronto, a Charlot le da un vuelco el corazón.

Acaba de ver aparecer por la esquina a la ciegucecita vendedora de flores. En esta limpia hora mañanera, en que la ciudad tiene todavía un aspecto provinciano, la florista parece más bella y más dulce.

Pasa por delante del vagabundo, a pocos centímetros de él, sin sospechar su presencia. Charlot la sigue con la mirada, emocionado, y bruscamente se levanta y llama desesperadamente a la puerta de su amigo.

En aquellos instantes, precisamente, el millonario ha vuelto en sí del sopor en que se hallaba postrado, y grita:

—¡Jaime! ¡Jaime!

Se presenta el criado de librea, erguido y solemne, como un macero municipal.

—¿Dónde está mi amigo?

—Se ha quedado en la calle, señor.

—¡Idiota! ¿Por qué le has dejado en la calle?

—Ha querido quedarse él, señor. Decía que así se despejaría un poco.

—¡Corre a buscarle! ¡Pronto, volando! ¡Que entre en seguida!

Y en seguida entró Charlot. Entró como una tromba, en cuanto vió la puerta abierta, y corrió hacia el millonario.

—¡Amigo mío! ¡Acaba de ocurrírseme una idea, una gran idea! ¡Vamos a comprar unas flores!

—Me parece muy bien. Cómpralas.

—¿Que yo las compre?

—Naturalmente. ¿No es eso lo que deseas?

—Es que... me parece que olvidas... que yo he borrado del diccionario la palabra dinero.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Lo había olvidado... ¿Cuánto necesitas?

—Lo que a ti te parezca... Para unas flores...

El millonario se echó mano al bolsillo del pantalón y extrajo de él un fajo de billetes. Puso dos de ellos en la diestra del vagabundo.

—¿Tienes bastante con veinte dólares?

—¡Con veinte dólares compro yo un jardín!

Salió con la misma rapidez que había entrado. Aún pudo alcanzar a la ciegucecita antes de que cruzara el arroyo. La saludó con un rendido sombrero, aunque sabía que ella no podía verle.

—¿No se acuerda usted de mí?—le preguntó Charlot, endulzando la voz, como cuando se habla a los niños.

—Me parece que sí, señor... ¿No es usted el caballero que me compró ayer por la mañana un clavel rojo?

—¡Exactamente! ¡Qué memoria!

—Es que su voz me ha quedado grabada, señor.

—¡Diablo!

—No todos los compradores me hablan tan amablemente como me habló usted.

—¡Ah!, muy bien, muy bien... ¿De modo que guarda usted un buen recuerdo de mí?

—Sí, señor. Muy bueno.

—Pues lo va usted a guardar mejor de aquí en adelante...

—¿Sí?

—Sí. Por de pronto, esta mañana no tiene usted necesidad de sentarse al lado de aquella verja a vender flores.

—¿Por qué, señor?

—Porque yo le compro todas las existencias ahora mismo.

—¿De veras?

—De veras. Tome usted...

Y Charlot depositó en las manos de la muchacha uno de los dos billetes de diez dólares. El otro se lo guardó él. ¡La caridad empieza por uno mismo! En medio del encanto de aquel diálogo sentimental, había pensado en sus días de abstinencia y en sus noches pasadas al raso.

¡Y un billete de diez dólares le resolvía a él su problema para una semana, por lo menos!

La muchacha se negaba a tomar el billete.

—Es que... no tengo cambio, señor... Como aún no he empezado la venta...

Y entonces, Charlot tuvo un gesto de él, de Charlot. Ya no pensó en sí mismo. Se sintió generoso como un rajá. Pensó solamente que aquella mujercita ciega era mucho más pobre, mucho más débil que él. Y se permitió el lujo de sentirse protector.

Aquellos dólares eran la felicidad para la cieguecita. Para él también, es claro. Pero él, después de todo, estaba ya familiarizado con el hambre. Si las cartas venían mal dadas, se apretaría una vez más el cinturón. ¡Se lo había apretado tantas veces...! Además, allí cerca, a pocos pasos de distancia, estaba aquel amigo que le había deparado la Providencia.

Sacó el otro billete y se lo entregó a la ciega, sin querer escuchar sus protestas ni sus bendiciones. Tomó los ramos de flores que había en el cesto y cargó con ellos. Después, contento de sí mismo, dió el brazo a la florista, como se lo pudiera haber dado a una duquesa.

Ella le dijo:

—¿Venía usted en su coche, señor?

—¿En mi coche?

—Sí; en aquel coche tan hermoso del que bajó usted ayer.

—¿Cómo sabía usted que era hermoso?

—Los ciegos suplimos la falta de la vista con el oí-

do, señor. Y yo oí abrir y cerrar la portezuela de su coche. Y deduje que era un hermoso coche de lujo.

—¡Ah!, sí, de lujo. Yo todo lo gasto de lujo.

—¿Lo ha traído, señor?

Charlot quedóse un instante pensativo. ¿Tenía derecho a desengañar a la muchacha? ¿No sería cruel quitarle la ilusión de que el hombre que se interesaba por ella era un millonario? ¿Podría decirle, sin humillarla, que su protector era un pobre diablo, más caído, más miserable aún que ella?

Recordó... Unos minutos antes, cuando se habían apeado él y el millonario a la puerta de la casa de este último, Charlot, al ver de nuevo el coche que hasta allí los había conducido, como por milagro, había dicho, lleno de reconocimiento:

—¡Qué hermoso auto!

Y su compañero se había apresurado a responder como entre sueños:

—¿Te gusta? Tuyo es. Te lo regalo.

No vaciló ahora el paria. Continuaría la farsa de sus millones...

—No, no he traído el coche de lujo... He venido en el Rolls, que es más ligero.

—¡Oh, un Rolls!

—¿Quiere usted dar un paseo en él?

—Sí no le molesta...

—¡Qué me ha de molestar! Para mí es un placer... Está aquí mismo, a dos pasos.

Cogidos del brazo, como dos camaradas o como dos

novios, se acercaron a la puerta de la casa del millonario, frente a la cual aguardaba el Rolls.

El criado, cumpliendo las órdenes de su amo, esperaba a la puerta el regreso de Charlot. Al llegar frente a él, poseído por completo de su papel de millonario, llamó con voz autoritaria:

—¡Jaime!

Se le acercó el criado, obedeciendo instintivamente aquella voz de mando.

—Entrate estas flores. Yo voy a dar un paseo y seguramente volveré pronto.

Dió la mano a la ciegucecita y él se sentó al volante. Suavemente arrancó el coche y, silencioso, veloz, dió la vuelta a la esquina y desapareció.

XI

DE MILLONARIO A COLILLERO

Serían las once de la mañana cuando el Rolls se detuvo ante la arcada que separaba la vivienda de la ciegucecita de la calle mimada y bulliciosa.

Habían recorrido toda la ciudad. Habían experimentado, en las afueras, esa sensación agri dulce de miedo y de placer que proporciona la velocidad. El paseo había estrechado los lazos de su amistad, y los dos, sin decirselo, se consideraban ya casi como novios.

Charlot acompañó a la ciegucecita hasta la escalerilla de su casa. Ya allí, ella le tendió la mano:

—Mil gracias por su amabilidad, señor.

—Las gracias tengo yo que dárselas a usted, señorita.

Le tomó la mano y posó en ella sus labios, en un beso casto y respetuoso.

—¿Me permitirá usted que la acompañe otro día?

—Cuando usted quiera, señor.

La muchacha subió la escalera y entró en la casa. Charlot quedóse allí, al pie de la escalera, contemplando la puerta, como si su vista pudiese atravesar los cuerpos opacos. La «veía» ir y venir, moverse, dejar la cesta en el suelo, besar a su abuela. La vió efectivamente asomarse a la ventana, para colgar de un clavo la jaula del canario. Y entonces la contempló a su sabor, como la había contemplado la víspera, sentado en la verja.

La joven, ignorante de su presencia, apoyaba los codos en el alféizar y aspiraba el aire tibio de la mañana.

Charlot la compadeció primero, la adoró después. ¡Era la mujer soñada! ¡Tan dulce, tan buena, tan espiritual! Sentía la tentación de postrarse de hinojos ante ella; quisiera ser Romeo y que ella fuese Julieta, para subir a su ventana y obsequiarla con el regalo palpitante de su corazón.

Dió un gran suspiro. Puso los ojos en blanco. Y en aquel momento sintió un golpe terrible en la cabeza, como si el cielo entero se hubiese derrumbado sobre él.

Era una maceta; una simple maceta. ¡Oh, prosa de



...su amigo no le reconoció. Le miró de arriba abajo...



—Le entregó todos los calzoncillos...



Chirpi se vió de nuevo en aquella sala confortable.



Los otros le desprecian al verlo tan caído, tan miserable.



Aquella noche Charlot estuvo a una de las fiestas que terminaban en bromas...



...le sacando de él, como un prestigeador, cosas extraordinarias...



Están ya en el «ring», ante el público que los contempla.



«Con estas armas no se juega. ¡Va usted a volver a las andanzas!»

la vida! Una maceta que un gato había derribado de un alféizar al saltar de una ventana a otra.

Charlot se alojó con el ánimo contristado y la cabeza dolorida.

Mientras tanto, nuevas contrariedades le aguardaban.

Cuando el vagabundo dejó al millonario, después de haberle sacado los veinte dólares que hoy contribuirían a mejorar la comida de la ciegucecita y de su abuela, el caballero se tendió en el sofá y quedóse profundamente dormido, con un sueño reparador.

Pasaron las horas sobre él, despejándole, borrando los vapores del alcohol. Cuando se despertó, eran las once y media de la mañana. Abrió los ojos, se despezó a conciencia. De su rostro había desaparecido la máscara de la idiotez. Era ahora el rostro frío de un millonario. Ni un recuerdo quedaba en su memoria de las locuras de la noche pasada.

Siempre le sucedía lo mismo. Cuando había abundantemente se olvidaba de su posición social, de sus millones, de todo. Le guiaba el instinto. Sentía una gran generosidad hacia el prójimo; en cada pobre veía un amigo cordial.

Pero, una vez alejados los efectos del «whisky» o del «champagne», las horas de embriaguez, si aparecían en su memoria, aparecían difuminadas, envueltas en bruma, como esos recuerdos vagos del sueño, que parecen tan lejanos. Era, de nuevo, egoísta, reservado, frío; un hambra rico, en suma, que se encuentra muy por encima del resto de la humanidad.

En tal estado de ánimo se hallaba, cuando Charlot llamó a la puerta de su casa. El timbre repiqueteó alegremente, impulsado por una mano feliz.

De un respingo se levantó el millonario, y llamó:
—¡Jaime!

Cuando el criado estuvo ante él, le ordenó:

—¡No estoy en casa para nadie!

—Perfectamente, señor.

Salió a abrir el criado, miró por la rejilla y vió a Charlot. Sonrió como hubiera sonreído Mefistófeles. Pero, así y todo, aun quiso cumplir con sus deberes de lacayo y fué a comunicar a su señor la visita. Su señor no quiso escucharle. ¡Ya lo sabía él! No era la primera vez que el millonario llegaba a su casa acompañado de vagabundos encontrados en el arroyo, en una noche de juerga, y que por la mañana eran arrojados a la calle sin ningún género de consideraciones.

—¡He dicho que no estoy para nadie! ¡Para nadie!
¡Sea quien sea, despídele!

Y el criado no se hizo repetir la orden. Abrió la puerta. Charlot trató de penetrar en la casa. Entonces, el lacayo, que, dicho sea de paso, era un Hércules, lo cogió con una mano por los fondillos del pantalón y con la otra por el cuello del chaqué, y lo lanzó al aire como una pelota. Cayó el vagabundo sentado en la acera, después de haber aprendido un curso práctico de aviación.

No se atrevió a llamar otra vez. Las razones del fámullo le habían convencido.

¡Era la vida, la maldita vida, que nuevamente le ponía la proa!

Pasó un transeunte fumando. Entonces se dió cuenta Charlot de que no había fumado desde la noche anterior, y sintió, imperiosa, la necesidad de lanzar humo por la boca y por las narices.

Pasó otro transeunte fumando. Lo que éste chupaba era un soberano veguero. El vagabundo ensanchó las narices, aspirando con fruición el codiciado aroma. Pero la pequeña nube de humo se disolvió pronto en la atmósfera.

¿Qué hacer? ¿Cómo prolongar aquel goce?

Charlot tuvo una idea: el coche. Allí estaba el Rolls aguardándole. ¿No le había dicho el millonario que era suyo, que se lo regalaba? ¡Pues a aprovecharlo!

Montó en él, empuñó el volante y muy despacio salió detrás del fumador. Cuando éste daba una chupada al cigarro, Charlot apresuraba la marcha y recibía en sus narices la nubecilla de humo. Pero aquello no le bastaba; era solamente como un aperitivo. Necesitaba el cigarro, para apurarlo hasta que el fuego le quemase los labios.

Continuó la persecución. Al fin, cerca de una esquina, el fumador arrojó el puro a la acera. Un vejete que por allí había, se inclinó para recogerlo. Pero Charlot anduvo más de prisa. De un salto se plantó en la acera, dió un empujón al vejete, lo derribó y recogió del suelo el medio cigarro humeante.

Después, como si hubiera realizado el acto más na-

tursi del mundo, subió de nuevo al Rolls, y, como un banquero, se puso a fumar, bien repantigado en el mullido asiento.

XII

AMIGOS OTRA VEZ

—¡Es más bueno, abuela...! Ya ves, regalarme veinte dólares así como así; porque regalarlos ha sido, desengáñate. Las flores no valían ni siquiera dos dólares.

Hablaba la cieguecita entusiasmada, arreboladas las mejillas, brillantes los ojos sin luz. La abuela, que acababa de llegar de la calle, la escuchaba en silencio.

Al fin, dijo:

—¿Debe ser muy rico, no?

—¡Que sí lo es...! Por lo menos tiene una docena de coches, a cual más hermoso. En el que he venido aquí...

—¡Ah!, ¿pero has venido en coche?

—¡Naturalmente! ¡En un Rolls estupendo...! Y te areas que se ha limitado a traerme a casa. Hemos estado más de tres horas paseando por la ciudad y sus alrededores... ¡Oh, no he vivido horas más dichosas en mi vida! ¡Si todavía me parece un sueño!

—¿Quieres un consejo, hija mía?

—Dí, abuela.

—No te fies de los millonarios... Si ese caballero se ha acercado a ti, es de suponer que no sea con muy buenas intenciones.

Se hizo más subido el rojo en las mejillas de la muchacha.

—¡Le calumnias, abuela! ¡El no tiene la culpa de ser rico! Se porta como si fuese un pobre como tú, como yo... Parece que te pide perdón por tener tantos millones. Cuando te habla, no lo hace con ese tono de protección que adopta el millonario para dirigirse al indigente; te habla con llaneza, como de igual a igual.

—¡Ay, hija mía! Me parece que te ha entrado muy adentro ese millonario...

Entretanto, el «millonario» volvía con el Rolls a situarse frente a la casa de su protector.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El millonario auténtico salió de la casa, correctamente vestido, muy serio, muy reservado. Al verle aquel rostro, para él desconocido, Charlot se sintió un poco intimidado. No obstante, sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió a su encuentro.

—¡Mi querido amigo! Hace una hora que te estoy aguardando...

Se le helaron las palabras en los labios. El millonario se limitó a mirarle de arriba abajo, como si le viese por primera vez, como si le creyese un loco o un imbécil, y subiendo al coche, partió sin dirigirle la palabra.

¡Adiós protección! ¡Adiós comida segura y lecho ga-

rantizado! ¡Adiós francachelas nocturnas! ¡Adiós Rolls Royce!

Charlot sintió unos terribles deseos de llorar a moco tendido. Pero se contuvo. ¡A mal tiempo, buena cara! Paseó. Observó la vida que se desarrollaba a su lado. Descansó en algún banco de alguna plaza recóndita—de día los policías no son tan severos cancerberos como por la noche—, y ayunó.

Por la tarde era un hombre resignado, casi feliz. No hay que olvidar que Charlot era, ante todo, un estoico.

Paseando se hallaba por las aceras de una de las avenidas de la ciudad, cuando repentinamente se detuvo. Tenía ante él el Rolls, «sus» Rolls. Por lo tanto, el millonario no debía de andar lejos.

Observó el escenario donde se encontraba. Pudo comprobar que el auto estaba detenido frente a un «restaurant» de pésima nota, que más de una vez había sido visitado por la policía, por sospechar ésta que se despachaban en él bebidas alcohólicas.

¡Bah! ¡Estaría bebiendo otra vez! ¡Aquel hombre era incorregible!

Iba a alejarse, cuando unos brazos cayeron sobre él, llegó hasta sus narices un vaho pestilente de alcohol y una voz conocida resonó en sus oídos:

—¡Mi caro amigo!

Charlot se volvió. Era el millonario. Estaba radiante; es decir, ebrio. Le abrazaba, le besaba, como si hubiese encontrado un hermano perdido.

Procuró el vagabundo zafarse, resentido aún por el

desprecio que aquel hombre le había inferido por la mañana, pero el millonario le trincó por un brazo, mientras le decía con palabras balbuceantes:

—¡No, no te suelto! ¿Voy a soltarte después de haberte andado buscando todo el día? ¿Dónde has estado?

—Pero... ¿usted me pregunta que dónde he estado?

—¡Qué usted ni usted! ¡Tú! ¡Nos hablamos de tú! ¿No eres mi compinche? ¡Menuda juega fin de anoche! Pero la de esta noche aún será mejor. ¡Ya verás! ¡Nunca habrás visto en tu vida tantas mujeres bonitas! ¡Y habrá licores en abundancia! ¡Y ríos de «champagne»! ¡Vamos a divertirnos como nunca!

—No, gracias, compañero. Renuncio.

—¿Qué renuncias?

—Sí; tus diversiones tienen muy amargo despertar.

—Pero, ¿tú crees que voy a dejarte ir después de haberte encontrado? ¡No, querido! ¡Juntos en la vida y en la muerte!

No había escapatoria. Charlot se resignó. ¡Al menos comería!

Y comió; ¡vaya si comió! Una cena pantagruélica, rociada con buenos vinos, amenizada por una orquesta de «jazz» y por un precioso «chouquet» de mujeres guapas.

Como todas las juergas del millonario, la de esta noche empezó en juerga y terminó en bacanal. Hacia el amanecer, los concurrentes dormían debajo de las mesas, o se colocaban en la cabeza, a guisa de sombrero, una ensaladera.

Charlot y el millonario—nunca podrían decir cómo —llegaron a casa de éste cuando blanqueaba la alborada. Por fortuna para el hambroón, los criados estaban durmiendo y ninguno de ellos salió a recibirles; que, de haber salido, y dados los precedentes del amanecer anterior, el pobre Charlot hubiera tenido que aprender otra lección de aviación mientras su compañero se quedaba dormido en alguna butaca.

Como Dios le dió a entender, el millonario introdujo la llave en la cerradura, abrió, y los dos compinches entraron en la casa. A tientas llegaron hasta la alcoba del dueño, en la que se ofrecía, tentador, un amplio lecho nupcial.

No lo pensaron más. El protector de Charlot sacó de un armario un par de pijamas; se desnudaron; se vistieron las ropas de dormir, y unos instantes después entre los dos se entablaba un pugilato de ronquidos, en el que sería difícil decir quién era vencedor.

XIII

CHARLOT BUSCA TRABAJO

El sol entraba a raudales por la ventana de la alcoba. Charlot se despertó. Era feliz. Había dormido en una cama blanda, ¡al fin! Había disfrutado de un sueño dulce y reparador. Ahora, al despertarse, no sentía ningún dolor en los huesos, sino un bienestar inefable.

Se levantó suavemente, para no despertar a su compañero de lecho. Anduvo un poco por la habitación, gustando el placer de sentir en sus pies descalzos el coquileo de las alfombras. Después salió a beber un vaso de agua. Y volvió a la alcoba.

Tentado estuvo de vestirse y marcharse a la calle, a pasear por las amplias avenidas su optimismo, su alegría de vivir. ¡Hacia tan hermoso sol! Pero miró al lecho, contempló al durmiente que lo ocupaba, y sintió de nuevo la tentación de hundirse entre las sábanas, de prolongar el goce de dormir en una cama mullida, ¡el que tan pocas veces podía disfrutarlo!

Entornó las ventanas; dulcificó la luz. Y después volvió a acostarse.

Pero, con tan pocas precauciones, que despertó a su compañero. Y en tanto que Charlot cerraba los ojos, el millonario los abría; los abría con extrañeza, ya sereno, para mirar aquel intruso que se había introducido en su lecho.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué estaba allí? ¿Quién le había dado permiso para compartir su lecho?

Como siempre después de sus excesos alcohólicos, el recuerdo de las horas de embriaguez se esfumaba por completo al recobrar los sentidos.

Lo primero que se le ocurrió al dueño de la casa fue coger al intruso y arrojarlo por una ventana. Después pensó que, puesto que era millonario, no tenía necesidad de molestarse, y oprimió con mano enérgica el botón del timbre que tenía a la cabecera de su lecho.

El criado que ya conocemos se presentó con rapidez.

—Pon a este hombre en la puerta de la calle—le ordenó su señor.

Y el lacayo no se hizo repetir la orden. Tomó en sus brazos a Charlot como si fuese una pluma y lo sacó de la habitación.

El vagabundo, en el «hall» de la casa, protestó, pateó, suplicó. No le sirvió de nada. El sirviente del millonario no era un hombre; era una estatua de mármol vestida de librea. Ni siquiera habló. Se limitó a denegar con la cabeza.

—¡Pero, hombre de Dios—alegó por fin Charlot como razón suprema—, no voy a salir a la calle así en pijama!

—¡Oh!, dicen que en Biarritz todo el mundo anda en pijama por la calle.

—Pero aquí estamos en América.

—¿Tiene usted miedo de constiparse?

—¡Tengo miedo de que un policía me encierre en un calabozo por atentado a la moral!

Transigió aquel perro de presa de librea galonada. Charlot pasó al tocador de la servidumbre, adonde se le llevaron sus pobres prendas de vestir. Se vistió. Se aicaló. Se perfumó.

El criado ya no esperó más. Lo cogió de un brazo y lo sacó a la calle. Pero antes de llegar a ella, Charlot tuvo tiempo de apoderarse de algunas frutas que había sobre una mesa. ¡Aquella mañana su almuerzo sería vegetariano!

El sol brillaba con fuerza. La ciudad estaba en el apogeo de su animación diurna. Al parir le consoló de su desgracia el espectáculo del bullicio callejero y, sobre todo, las frutas que, una a una, había ingerido. Se sentía optimista.

Y como en él el optimismo se asociaba con el amor, se encaminó a la humilde vivienda de la cigüeña.

Cuando llegó al pie de la escalerilla, le extrañó no ver el canario en la ventana, en un día tan espléndido. ¿Qué explicación dar a aquel olvido?

Charlot no perdía el tiempo en deducciones. Debajo de la ventana había una pipa llena de agua. Trepó a ella, y apoyados los codos en el alféizar de la ventana, echó una mirada al interior.

Lo que vió no era muy agradable.

En la mesa del comedorcito estaba, abierto, el malecón de un médico, con sus botellines homeopáticos y sus aparatos de auscultación. Aquello le dió a Charlot muy mala espina. No sentía mucha simpatía por los galenos. Cuando veía a uno entrar en una casa, miraba a todos lados en busca del sepulturero, que, según él, no debía andar lejos. Y en este caso de hoy la sensación era mucho más intensa.

Siguió espionando desde su atalaya. Allá al fondo se veía la alcoba de la cigüeña. Estaba ella en el lecho, el médico sentado en una silla a su lado y la abuela de pie, cerca del doctor.

Terminó éste el reconocimiento. La anciana le preguntó con ansiedad:

—¿Qué, doctor?

—Nada grave. Pero la enfermedad durará bastantes días, y mientras dure, es preciso mucho reposo y muchos cuidados.

Se levantó el médico. Charlot se apresuró a descender de las alturas adonde se había empinado, pero con tan mala fortuna, que se volcó la pipa, en el preciso momento que el vecino del sótano salía a recoger la botella de leche que el lechero había dejado allí para su desayuno.

El vecino recibió una ducha muy respetable. Y Charlot salió de estampía, temiendo que algún ladrillazo lanzado por una mano colérica fuese a deteriorar su hombrín y su cabeza.

Cuando se vió lejos de la callejuela, en las avenidas amplias y animadas, se sintió seguro. Y con la seguridad germinó en él una idea generosa: Debía ayudar a la ciegucecita... Sí; pero, ¿cómo?...

Meditó... Con el millonario no había que contar. La volubilidad de aquel hombre desconcertaba a Charlot. Para contar con él, había que emborracharle primero, y para eso se necesitaba mucho dinero. ¡Con lo caro que está el alcohol en el país de la «ley seca»!

Le quedaba el recurso de hacer pasar a sus bolsillos las carteras y monederos de los prójimos y las prójimas descuidados. Pero no sabía. Él sería un trotacalles, un hampón, un vagabundo, un paria. Pero no era un ladrón. La sola idea de robar le hacía salir los colores a la cara.

Aún había otro camino... ¡El trabajo! El trabajo que limpia, que dignifica, según pregonan constantemente sus panegiristas, señores que, por lo general, se dan la gran vida.

¡Ah, sí, el trabajo! Pero sólo de pensar en el trabajo, a Charlot le venían unos sudores de muerte.

Sin embargo, no había más remedio. Era preciso atender a las necesidades de la ciegucecita. El se imponía esa obligación. Pero, ¿no sería una obligación superior a sus fuerzas? ¿No sería algo así como si un gorrión se impusiese el deber de escribir un poema épico?

Reflexionó. Volvió a reflexionar. Pensó. Volvió a pensar... Sí, no había otra solución... A menos que...

¡Oh, qué idea luminosa! ¿No estaba la abuela de la ciegucecita en el mundo? ¡Pues ella podía seguir desarrollando el comercio que había tenido que abandonar su nieta!

Se dedicó a seguirla, a espiarla; cosa que pudo hacer sin peligro, pues la buena mujer no le conocía.

Pronto recibió el desengaño. La anciana no vendía ni una flor. ¡Ni una! Todas las mañanas y todas las tardes volvía a su casa con la cesta tan colmada de flores como la había sacado. Los transeúntes pasaban por su lado sin mirarla siquiera. Le faltaba la juventud, la belleza de la ciegucecita; su voz de plata, que despertaba tantas simpatías y tanta conmiseración.

¡Nada! ¡No había otro remedio! Era preciso trabajar... Charlot recordó que el trabajo limpia, y se hizo basurero.

Le señalaron un radio de acción. Una vasta avenida, cercana al Parque Zoológico. El creía que una gran avenida de una gran ciudad tiene poco que limpiar. Por ella pasan solamente autos; esos animales modernos que no tienen necesidades ruines. Pero quiso la mala suerte de Charlot que por aquella avenida que pertenecía a su jurisdicción desfilasen, no sólo caballos de vapor, sino caballos de carne. Y elefantes. Y camellos.

Se desesperó.

Y su sacrificio fué mucho más grande.

Cuando terminaba su trabajo, que de limpio tenía muy poco, volaba a casa de su amada. Allí, para los ojos sin luz de la ciega, era el millonario, el protector rico y desinteresado, que siempre tenía para la enfermita una atención, una delicadeza. Y en aquel ambiente amable transcurrían las horas más dichosas de su vida.

Su *amigo*, el millonario auténtico, había, entretanto, salido para Europa. Cansado de pasear su tedio por la gran ciudad americana, iba a embriagarse a París, a Londres, a Berlín, donde, por lo menos, el alcohol no sería tan caro ni tan malo.

¡Así perdió Charlot la única esperanza de salvación!

XIV

EL TRABAJO DURA POCO

Las doce del día.

Sábado.

Charlot ha cobrado por la mañana. En un bolsillo de sus pantalones tintinean los dólares alegremente. Ha esperado con ansiedad que llegase esta hora. Y al sonar las sirenas de las fábricas y de los rascacielos, ha corrido al «cuartel» del barrio. Se despoja rápidamente de su uniforme blanco, parecido al de un explorador africano. Se lava meticulosamente. Se viste sus ropas características. Y esgrimiendo el junco como una espada de conquistador, se lanza a la calle.

El capataz—el verdugo—le sale al encuentro.

—¿Adónde se va?

—Afuera. Hoy almorzaré en un «restaurant».

—¿Sabe usted qué hora es?

—No.

—Me parece muy bien.

—Quiero decirle que el servicio se reanuda a la una. Dispone usted, pues, solamente de tres cuartos de hora. No vuelva ni un minuto más tarde, porque no será admitido.

A pesar del peligro, Charlot sale. Es hombre heroico. Pasa por varias tiendas del barrio y se surte de co-

mestibles diversos. Después, con el corazón saltándole dentro del pecho, se dirige a casa de la ciegucecita.

La ciegucecita ya está mejor; ya se levanta. Cuando llega Charlot, como siempre, está sola en la casa. Su abuela ha salido con el canasto de las flores, a probar la suerte una vez más. Ha sido inútil que la muchacha le pidiese que se quedase en casa para que conociese a su galán millonario. La anciana ha preferido salir a buscarse por sí misma el sustento de las dos.

Antes de salir, la buena mujer ha recibido una carta, y al leerla, su rostro se ha contraído con un gesto de angustia. Ha ocultado a su nieta el contenido de aquella carta y la ha guardado cuidadosamente en el álbum de fotografías que hay en la mesita del gramófono.

Llega Charlot, Radiante, Feliz. Besa la mano a la ciegucecita. Deposita en la mesa el paquete voluminoso que trae. Y va sacando de él, como un prestidigitador, cosas substanciosas, que, en voz alta, va detallando a la joven.

—Una libra de salchichas... Cebollas... Manzanas... Plátanos... Patatas... Queso... Un pato...

—¿Un pato?—pregunta la ciegucecita palmoteando de alegría.

—Sí, señorita. Un pato, un verdadero pato... Toquélo usted.

Y lo pone en sus manos. La muchacha palpa con delectación aquel cadáver que pronto no será más que un grato recuerdo.

—¿Lo ha cazado usted?

—¿Yo?

Charlot advierte que va a «colarse». Recuerda que es millenario, que, para la ciegucecita, es propietario de una docena de coches, que la ha sacado a pasear en «sus Rolls»...

—Sí. Lo he cazado yo... Es un pato silvestre. ¡Carne exquisita! Esta mañana he ido de caza a una albufera donde abunda mucho la caza.

—¿Fue usted en el Rolls?

—No. Fui en el avión.

—¿En el avión?

—¡Ah! ¿usted no conoce mis aeroplanos?... ¡Es verdad! No había caído... Ya la llevaré a dar un paseo en alguno de ellos. Le gustará. ¡Un aire tan puro, tan fresco!... ¡No me explico cómo hay gentes que aún no tienen aeroplanos!

La ciegucecita dirige hacia él sus ojos sin luz y le «mira» con admiración. Le ruega que se siente a su lado, y Charlot obedece. Entonces, le toca las manos, la ropa, la cara, para darse una idea aproximada de cómo es.

—¿Qué le parece?—le pregunta el vabagundo.

—Me parece usted muy bien.

—No, no es eso lo que digo... Lo que quiero saber es cómo me «ves» usted.

—¿Con sinceridad?

—Sí; con toda sinceridad.

—Pues... me parece usted joven, guapo, sencillito...

—¿Qué quiere usted decir con eso de sencillito?

—Que no tiene usted afectación... Por eso, a pesar de

ser millonario, viste usted modestamente, casi pobremente, y... está peinado con el peine.

Charlot se ríe y la ciegucecita también. En aquellos momentos los dos son felices.

El falso millonario saca de uno de sus bolsillos un periódico y le lee a la muchacha, con acento emocionado, los siguientes titulares:

«UN MILAGRO DE LA CIENCIA»

«UN MÉDICO CURA LA CEGUEZA»

«OPERA GRATUITAMENTE A LOS POBRES»

«MILLARES DE CIEGOS AFLUYEN DE TODOS LOS RINCONES DEL MUNDO».

—¡Oh!—exclama la ciegucecita, roja como una amapola— ¿Entonces, algún día podré verle?

Charlot tiembla. Tiembla a la idea de que un día aquella muchacha recobre la vista y le vea tan miserable, tan ruin, tan maltratado por la vida. ¡Ella, que, con los ojos de la imaginación, le ve hermoso y gallardo, como un Príncipe Encantador!

Siente la necesidad de variar de conversación. Se levanta. Se dirige a la mesita donde está el gramófono y pone una placa. Después coge el álbum de fotografías que está allí al lado, y sentándose otra vez al lado de la ciega, se pone a hojearlo. La carta que la abuela ha escondido allí cae a sus pies.

—¿Que es?— pregunta la muchacha.

—Una carta— responde él, leyendo el sobre—. Para usted.

—¡Oh, para mí! ¿Quiere leerla?

Y Charlot la lee en voz alta, sin darse cuenta hasta el final de que no debiera de haberla leído. La carta dice así:

«ÚLTIMO AVISO»

«Muy señora mía:

Son 22 dólares lo que usted nos debe de alquileres atrasados. Si no hace efectiva esa cantidad mañana por la mañana, procederemos al desahucio.

M. y J. MURT.»

La ciegucecita se echa a llorar. Y Charlot, una vez más, se siente compasivo y generoso.

—No se preocupe, muchachita. Yo pagaré esa bagatela mañana por la mañana.

—¿Será usted tan bueno?

—No hay que volver ni a mencionar eso.

Y es entonces ante la necesidad imperiosa de obtener aquellos veintidós dólares, que harán la felicidad de su amada, cuando Charlot recuerda que tiene que volver al trabajo. Se despide precipitadamente. Corre, vuela por las amplias avenidas.

¡Demasiado tarde!

Cuando entra en el «cuartel», el capataz le sale al encuentro, poniéndole ante los ojos su reloj.

—¡Llega usted con un cuarto de hora de retraso!

¡Pero es por última vez! ¡Largo de aquí!

DE BASURERO A BOXEADOR

¿Qué hacer? ¿Cómo ganar desde entonces hasta la mañana siguiente veintidós dólares que necesita con tanta premura? ¡El mundo debiera abrirse a los pies de Charlott!

Sin embargo, hay Providencia.

Contiguo al «cuartel» de los basureros, se eleva un salón de boxeo. En la puerta hay un hombre, que ha presenciado, sin perder detalle, la escena del despido de nuestro hombre. Cuando éste se retira, cabizbajo y amargado, le llama, y al tenerle a su lado, le pregunta:

—¿Le interesaría a usted ganar rápidamente algunos dólares?

—¿Cuántos?

—Veinticinco.

—No deseo otra cosa. ¿De qué se trata?

—Es muy sencillo. Yo soy boxeador profesional, y el dueño del salón ofrece una bolsa de cincuenta dólares a cada pareja de boxeadores. Naturalmente, la bolsa será para el vencedor, y yo no quiero arriesgarme a perderla... Usted combate conmigo, se deja vencer y nos repartimos el premio.

—¡Magnífico!

—¿Acepta?

—¡Naturalmente!

—Pues adentro entonces.

Entran los dos. Se desnudan. Y mientras esperan su turno, Charlot contempla, un poco atemorizado, los biceps de su contrincante. Se acerca a él y le dice:

—¡Cuidado!, ¿eh?... Nos repartiremos el premio, pero ha de ser a condición de que no me haga usted daño.

—De eso, ni hablar... Pero, ¡silencio!, puede oír el patrón.

Charlot vuelve a sentarse, más tranquilo ya sobre su suerte. Ve salir hacia el «ring» parejas de boxeadores. Van fuertes, erguidos, animosos. Vuelven con las narices rotas, desmayados, chorreando sangre por todas partes. Es preciso que Charlot se repita una y muchas veces a sí mismo que él no está en ese caso, que está de acuerdo con su adversario y nada le puede pasar.

Pero el destino gasta bromas pesadas. De pronto, cuando el turno de ambos se acerca, llega un repartidor de telegramas y entrega uno al adversario de Charlot. Lo lee éste y palidece. Es un aviso de un compañero comunicándole que la policía le persigue, ¡Dios sabe por qué delitos!, y que le conviene cambiar de aires.

Y el boxeador, ni corto ni perezoso, se viste en un santiamén y desaparece como alma que lleva el diablo. Pero el combate de aquella pareja no puede suspenderse. El patrón sale a la calle y pronto vuelve con un boxeador. Es un mocetón fuerte y robusto, capaz de derribar a Dempsey de un puñetazo. Lo comprueba Charlot.

Uno de los púgiles que esperan su turno va a atarse una de las botas, y para ello apoya el pie en un banco cercano; un banco donde el adversario del vagabundo ha dejado su camisa.

Se vuelve el gañán, y con mucha parsimonia dice:
—Quita ese pie de ahí.

El otro, un atleta de amplio tórax y bíceps formidables, por toda respuesta levanta el brazo con la sana intención de dejarlo caer sobre la cabeza del que está sentado; pero éste, sin levantarse siquiera, le larga un directo y lo pone «K. O.»... Charlot pasa de la palidez a la lividez. Sonríe al hércules, trata de ganarse sus simpatías, y viendo que como pago a sus galanterías sólo obtiene un gesto hosco, acaba por decidirse. Se inclina al oído de su contrincante y le dice:

—Luchemos de mentirijillas y nos repartiremos la bolsa.

—¡No, gracias!—responde el otro—. ¡Tengo mis puños para ganármela!

Charlot no sabe si echarse a llorar.

Llega su vez. No hay modo de escabullirse. Están ya en el «ring», ante el público que los contempla. Suena el timbre. Primer «round». Charlot se esconde detrás del árbitro. No le vale. Los puñetazos de su adversario llegan hasta su cara. Experimenta una sensación parecida a la de una borrachera en su último grado. Todo da vueltas a su alrededor; se tambalea; le parece flotar en la atmósfera, como un planeta.

Intenta huir. Recurre a mil estratagemas para evitar

aquella lluvia de martillazos. Nada consigue. Los golpes siguen cayendo sobre él. Por un instante, la imagen de la cieguccita le infunde valor y decisión. Pero cuando ataca, observa que su adversario «encaja» sus puñetazos como si fuesen caricias.

Ya sólo desea acabar de una vez. Y acaba. Un «upper-cut» terrible y queda tendido en el suelo del «ring», sin conocimiento.

¡Así terminan sus sueños ambiciosos!

XVI

OTRA VEZ EL MILLONARIO

Aquella noche, Charlot vagaba por la ciudad en busca de trabajo. Todas las luces de la urbe se habían encendido, como si quisieran presenciar su derrota. La muchedumbre pasaba a su lado, indiferente a su tragedia.

El vagabundo estaba desesperado. ¿Cómo encontrar veintidós dólares en tan corto plazo? Y él no podía dejar a la cieguccita abandonada. ¡No podía! Al día siguiente los muebles de las dos mujeres estarían en la calle, provocando las risas y los comentarios de los transeúntes, para quienes el dolor de los demás es un espectáculo que rompe la monotonía de la calle.

Había recorrido innumerables avenidas en busca de

un cartel que anunciase la necesidad de un camarero, de un basurero, de un «botones», de lo que fuese... ¡Nada! ¡No hacía falta nadie en ninguna parte! ¡Nunca había encontrado a la ciudad tan cruel, tan hostil!

Se encaminó hacia el muelle, buscando la soledad, huyendo del bullicio de las calles, que le exasperaba. Todos los que pasaban por su lado eran gentes felices, que habían resuelto su problema. Todos comían y dormían a sus horas y hasta podían permitirse el lujo de socorrer a algún amigo desamparado. Así, al menos, se lo imaginaba Charlot. ¿Por qué no dejarle con su creencia?

El muelle, al fin. El mar, serenidad, calma. Pero no soledad.

Acababa de llegar un gran trasatlántico de Europa. Uno de esos palacios flotantes que recorren el océano, llevando en su vientre una multitud bien alimentada, bien vestida, que, sin embargo, se aburre como el más miserable de los hombres. ¡Oh, desquiciada humanidad!

Pasó deprisa. Le molestaba aquella animación, que rompía la quietud de los muelles, sus amigos. Por todos lados abrazos, apretones de manos, besos, saludos afectuosos, risas y conversaciones en voz alta...

De pronto, cuando se alejaba, se sintió sujetado por un brazo, mientras una voz tartajosa vertía en su oído estas palabras:

—¡Mi caro amigo!

Se volvió. Era el millonario. Su *amigo* el millonario.

Ahora amigo de veras, por estar completamente ebrio.

¿Recordáis esos días grises, plomizos, en que ha llovido mucho, y, bruscamente, cuando menos se espera, se descorre el velo que cubre el cielo y vemos un trocito de azul?

Algo parecido experimentó Charlot al encontrar a su protector, que volvía de Europa con los mismos defectos y las mismas virtudes con que se había ido, hacia poco más de quince días. El millonario le abrazaba, le besaba:

—No, pues lo que ahora no te suelta... ¿Con lo que yo te he echado de menos en Europa!

—Bien, sí; no me marcharé... Pero oye una cosa, compañero... Estoy en un apuro... Necesito de ti...

—Bueno; ya hablaremos luego de eso en casa. Vámonos ahora.

Subieron al auto, que esperaba allí mismo. Unos minutos después estaban en aquella sala llena de butacas confortables, que tan bien conocía Charlot.

Pero dos amigos de lo ajeno se les habían anticipado, y allí estaban, ocultos detrás de una cortina, donde se refugiaron cuando los oyeron entrar.

El millonario y su amigo se sentaron en el sofá. Y allí, en aquella paz, Charlot volvió a la carga, solicitando una vez más un auxilio pecuniario para la ciegucecita. El dueño de la casa, generoso como siempre en sus horas de embriaguez, sacó la cartera y de ella unos billetes, que puso en manos de su camarada de bacanales:

—Mil dólares. ¿Es bastante?

Charlot pareció volverse loco de alegría, y besó la mano de aquel amigo providencial. Estaban los dos sentados en el sofá. En aquel momento, los cacos, que habían abandonado el escondite al divisar los billetes de Banco, propinaron al millonario tan tremendo golpe con un rompecabezas que llevaban a prevención, que la víctima cayó al suelo sin sentido.

El vagabundo corrió, saltó, pidió auxilio por teléfono a la policía. En todas estas operaciones, los dos rateros consiguieron escapar, fracasado su propósito de desvalijar la casa. Y en su lugar compareció el criado de la mansión, el cual no dudó ni por un momento de que el intruso había sido el autor del atentado. Salíó a la puerta demandando socorro. Y Charlot salió también con el mismo propósito. Pero fué trincado por un poli-zonte que acudía a las voces, y que al verle correr por el jardín, con su pobre indumentaria de vagabundo, le cortó la fuga, «por si acaso».

Entraron el policía y Charlot en la habitación de la casa donde yacía el cuerpo del millonario, y registrado el vagabundo, se le encontraron en sus bolsillos los mil dólares que acababa de recibir.

Por suerte, el dueño de la casa volvía en sí; pero volvía en sí como después de las borracheras: sin recordar nada de cuanto ocurriera antes de su despertar. Charlot, viéndose perdido, corrió hacia él, lo zarandeó, le obligó a despertarse del todo.

—Por favor, dile a este policía que tú me has dado este dinero!

El millonario le miró con extrañeza. Miró al criado, que estaba de pie ante él, y le preguntó:

—¿Quién es este hombre?

No había salvación. Es decir, si la había. Charlot confió la salvación a sus pies. Dió un salto formidable, arrebató al policía el dinero que éste empuñaba, y huyó. ¡Aquel dinero era sagrado! ¡Aquel dinero podía hacer la felicidad de la ciegucecita!

Unos minutos después Charlot estaba en casa de su amada, y le entregó los billetes, al mismo tiempo que le decía:

—Con esto tiene usted bastante para pagar el alquiler y hacerse la operación de la vista.

No consintió que ella le diese las gracias. Se retiró. Estaba triste, profundamente triste. Dentro de unos momentos, la libertad habría terminado para él. ¡No se puede jugar con la policía de una gran ciudad! Le detendrían al salir de allí, en cualquier esquina. No podría justificarse. Le encerrarían. ¡Adiós el ameno vagar por las calles! ¡Adiós el contemplar el cielo y el saludar a las mujeres guapas!...

La ciegucecita le preguntó:

—¿Se marcha usted?

—Sí, por algún tiempo.

—¿Pero volverá?

—Tal vez...

Salió. Anduvo, anduvo... Por primera vez en su vida, al pasear por las aceras de las amplias avenidas, llevaba consigo una grave preocupación.

Al doblar una esquina, unos policías se precipitaron sobre él; le zarandearon, le maltrataron. Y al fin, le huyeron en el umbral, frío y lóbrego, de la cárcel.



Otoño. Un otoño que tiene una suavidad, una claridad primaveral.

Han pasado las semanas. Han pasado los meses. La ciegucecita ya está curada. Ya goza de ese don maravilloso de la vista. Y lo saborea. Y se deleita mirando, mirando las cosas hasta saciarse. Ahora tiene una linda tiendecita de flores en una gran avenida; una tiendecita linda y clara, que ella y su abuela atienden con celo, porque saben que es ella su medio de vida.

La ciegucecita no ha olvidado a su protector; a su «millonario» protector. Constantemente piensa en él. Cada auto que se detiene frente a la tiendecita le recuerda el ruido de la portezuela de aquel auto que Charlot abrió y cerró cerca de ella el día que se conocieron. Un hombre entra en la tienda. Unas veces es viejo; otras veces es joven. Cuando habla, la ciegucecita siente desvanecerse su ilusión. No; no es su protector. Por su voz, por sus manos, le reconocería entre mil.

Un día, por la acera de la avenida pasa un miserable.

Tiene las ropas a girones, y un gesto de hambre, de sufrimiento. Los chicos vendedores de periódicos, al verle tan caldo, tan harapiento, le lanzan perdigones por una cañita hueca a modo de cerbatana. El miserable les increpa, pero sin fuerza, sin energía, como dominado por un cansancio infinito. ¡El cansancio de vivir!

Desde la ventana de su tiendecita, la ciega presencia el espectáculo. Un espectáculo muy divertido para ella. Ríe. Y su risa de plata llama al fin la atención del vagabundo.

La mira. La mira asombrada, como si no quisiera dar crédito a sus ojos. La mira sonriendo muy tristemente, como si fuese a llorar.

La muchacha, inconsciente, se vuelve hacia la anciana que la acompaña:

— ¡Mira, abuela, ya he hecho una conquista!

Se levanta, sale a la puerta y ofrece al miserable una rosa y un dólar. El miserable no habla. Si hablase, le reconocerían. Se limita a sonreír. Y su diestra se adelanta tímidamente, para tomar la rosa que le ofrecen aquellas manos adoradas. Pero la florista quiere que tome también el dólar. El rehusa. Y ella, entonces, se le acerca y pone la moneda en sus manos...

Y al tocarle, se queda repentinamente seria. Entonces cierra los ojos y le palpa las manos, la ropa, el rostro, como cuando era ciega. Hay en su rostro un gesto indefinible, de pena y de alegría.

— ¿Usted?...

—Sí, yo...

El vagabundo, viéndose reconocido, se ha atrevido por fin a hablar. Es una escena sencilla en apariencia, pero en el fondo, de un dramatismo intenso, conmovedor.

—¿Ya ve usted?

—Sí, ya veo...

Se miran los dos a los ojos, sonriendo, sonriendo siempre. Se enlazan sus manos...

La ciudad, indiferente, los envuelve en el «ritornello» de su ritmo acelerado.

FIN

Biblioteca Films

Saluda y rinde tributo de admiración al popular mimo

CHARLOT

el más célebre de los artistas cinematográficos

LEN SUS CREACIONES

EL CHICO	25 Céntimos
LA QUIMERA DEL ORO	25 .
EL CIRCO	50 .
LAS LUCES DE LA CIUDAD	1.- Peseta
BIOGRAFIA de Charles Chaplin (Charlot) .	25 Céntimos.
LA VIDA DE CHARLOT Y SUS CREACIONES	50 .

LAS LUCES DE LA CIUDAD

colección de 8 postales 25 céntimos.

LAS LUCES DE LA CIUDAD

colección de 10 tarjetas postales esmaltadas y al bromuro
2 pesetas.

Pedidos a

Biblioteca Films, Apartado 707 - Barcelona

Cdad. Gral. Española de Librería, Barbard, 16 - Barcelona

Servimos además envíos y colecciones completas, previo
cubrir del importe en sellos de correo. Envíos cinco céntimos
para el certificado. Franco por correo.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS HUMANA - - LA MAS SELECTA - - ARTISTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

POSTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOE	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talroadge
TRAFALGAR	Corine Griffith
LA MASCARA DE HIERRO 2. ^a ed.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
EL DESFILE DEL AMOR (6. ^a ed.)	Maurice Chevalier
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannigs
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bebé Daniels
RASPUTIN	W. Gaidaroff
EL CAPITAN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Bertini
LA FIERRECILLA DOMADA	Mary-Douglas
EL GENERAL CRACK	John Barrymore
EL REY VAGABUNDO	J. Mac Donald-D. Kings
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Roy
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
NOCHES DE NUEVA YORK	Norma Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA	Gerda Maurus
EL ZEPPELIN PERDIDO	Conway Tearle

EDICIONES BIBLIOTECA IRIS

CORAZONES ORGULLOSOS	M. de los Santos
ASTUCIAS DE AMOR	M. de los Santos
EXPENDEDURIAS DE CARNE HUMANA	A. Vidal y Planas

PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA

Servicio al cliente: recibes y entregas completos, previo pago del importe en recibos de compra. Recibes el libro al momento de la entrega. Preciosos gratis.


Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona

5

A

0.15.8




UNA peseta